

FRAY COLAS

[LUIS A. MARTÍNEZ]

DISPARATES

Y

CARICATURAS

CON ILUSTRACIONES DE

J. L. M. J.



Imp. y Litografía de Salvador R. Porras.

Quito.



PARA PRINCIPIAR.

La lectura de prólogos es casi siempre indigesta, razón más que suficiente para que el autor del librito que hoy sale á luz, prescinda de la universal costumbre. Pero á falta de prólogo, ahí van algunas advertencias.

Dos de los artículos fueron ya publicados el año 1898 en la "Revista de Quito". El público los juzgó entonces favorablemente. No sé si ahora suceda lo mismo.

Algunos otros fueron escritos en circunstancias, para el autor, bastante afflictivas. En febrero de 1902 caí como herido de un rayo con una enfermedad mortal: era una parálisis absoluta, ó, siguiendo el lenguaje científico, una *polineuritis malaría*. Del Ingenio Valdez, lugar en donde había sido atacado del mal, fuí llevado á Guayaquil, para tener el

consuelo de ser desahuciado por todos los médicos que me vieron. ¡Vaya que la enfermedad aquella, era rica cosa! No podía hacer el menor movimiento, ni tragar una sola gota de agua, ni cerrar los párpados y la asfixia, se venía á paso de carga, “No amanece el enfermo,” “Tiene dos horas de vida,” “Va á espirar,” decían los médicos. Pero *yo no quería morir*. Esta fuerza de voluntad, mi organismo de acero y la ciencia, lograron arrancar por esta única vez, una víctima á la polineuritis. Los Dres. Borja, Coronel, Alcívar y Valenzuela, hombres que honran á la humanidad y á la medicina, hicieron, es justo confesarlo, un verdadero prodigio. Vaya en estas líneas, aun cuando no sea lugar adecuado, un sincero voto de gratitud y admiración para los célebres profesores.

Cinco meses pasé acostado en una cama, acechado por la muerte. Cuando al cabo de ese lapso de tiempo, pude mover un tanto los miembros, indicáronme los médicos un viaje de convalecencia á la costa del Perú. Lleváronme, pues, á Piúra, á ese ¡Tonbouctú de la América, á esa patria de la arena y de la sequedad. Allí vegeté cuatro meses, metido como caracol en su concha, en un mal cuartucho, devorado por las chinches y del fastidio, sin tener relaciones con nadie, acompañado de mi esposa y de un fiel criado, que acumulaba en su humanidad los cargos de cocinero, ayuda de cámara, agente de negocios y cinco ó seis empleos más.

Para matar ó siquiera atenuar el fastidio, dicté á mi mujer algunos disparates literarios. Son, pues, inspirados por la parálisis, el polvo, el calor y las mordeduras de las chinches. Si alguno ne honra

con su crítica, le suplico tenga presente el medio ambiente en el cual se han elaborado.

Puede ser que mis "Disparates" sean picantes y mal intencionados. Ni quito ni pongo rey; pero advierto que los tipos y escenas son casi totalmente copiados del natural. Aquello de la *ciudad anseática*, es rigurosamente histórico, pues fué una idea que quiso realizar el Gral. Proaño (q. e. p. d.), en 1882 en Baños. Así mismo, todas las escenas y costumbres descritas en los "Recuerdos del convento", son históricas y fuéronme contadas por un respetable anciano, testigo ocular de muchas de ellas.

Otra advertencia: Soy poco fuerte en ciencias gramaticales, pues mi coco han sido, lo confieso, los estudios lingüísticos; debe haber en mis escritos un mar revuelto de faltas contra las reglas. Pero creo que otros escritores de campanillas las cometen en más abundancia, y esto, aun cuando es un consuelo de tontos, al fin es consuelo.

¿Quiere alguno criticarme? pues á la obra. Doy autorización plena para que se haga de mis articulillos mangas y capirotos. No me importa una higa la fama que pudiera obtener como literato, y si alguna vez la obtuviera, la vendería como cosa baladí, aun por el histórico plato de lentejas. ¿No gustan á alguno mis "Disparates"? pues no los lea y Dios con todos.



EL DOCTOR.

CROQUIS PARA UN CUADRO

I.

San Camilo es un pueblo chiquitín y malucho, metido en un rincón de la cordillera, lejos de la capital de la provincia, visitado rarísima vez por las autoridades provinciales. Es pueblo de tierra fría, y como tal, los altos cerros cubiertos de pajonales, peñascos y chaparros le rodean. Las cuestas que desde la población suben hacia el páramo, muestran en la par-

te inferior, las arboledas de las haciendas, los sembríos multicolores de las *comunidades*, algunas manchas de calvo y amarillo *cangahual*, hileras de parvas en las éras, chozas desparramadas por todos los vericuetos de las lomas, y anchas quebradas que, naciendo desde los pajonales, forman en todo aquel faldeo de la cordillera grotescas zanjas que desaparecen cuando la pendiente muere en las llanuras arenosas de la meseta.

La plaza del pueblo ó el sitio que tiene este nombre, es un cuadro, irregular y de superficie accidentada, cubierta en parte de tupida alfombra de ortigas, cardos, hediondos *shaires* y demás plantas amigas de los sitios abandonados.

La Iglesia, vieja, húmeda, ruinoso, sin campanario, pues las campanas están suspendidas de un poste, y la casa parroquial, tan vieja y fea como el edificio contiguo, ocupan un lado de la plaza. La cuadra alfalfar del cura, cercada de aportillado tapial, tras del que asoman escuetos alisos y torcidos capulíes, cierra otro lado del cuadro.

Frente á la Iglesia se extiende una hilera de chozas de paja que sustentan en sus podridas cubiertas toda una flora de musgo y gramíneas, y una casita de rojo tejado y blanqueadas paredes. Por último, el cuarto lado del polígono, es de propiedad exclusiva de don Cipriano Ba-

rreno, que lo llena con su larga casa cubierta de tejas agrisadas y alto tapial que defiende su huerta de los ataques de pilluelos y animales.

La casita nueva desempeña en el pueblo el papel de Casino, ó es un *estanco*, como llaman nuestros chagras á los establecimientos de esta clase. Como el propietario hace el monopolio de todos los artículos capaces de venderse en una tienda del campo, ha cubierto los torcidos y empolvados anaqueles, con algunas docenas de botellas de anisado, con tres ó cuatro de vermouth italiano, fabricado expresamente para el Ecuador en Guayaquil, de paquetes de fósforos y cajas de sardinas, de cigarrillos y mazos de velas, de atados de *raspadura* y demás artículos que no estoy para apuntarlos. Además, sobre el sebo-so mostrador hay un armario chiquitín, tierra prometida de millares de moscas, que pacen tranquilamente panes duros y negos y trozos de amarillento azúcar de Ibarra. En las paredes blanqueadas de afuera, un político del pueblo, el maestro de escuela talvez, por acallar sus continuos ayunos, ha trazado al carbón un *bi-ba Alfaro*; otro político, y valiéndose del mismo medio, ha puesto al pie, *mueran los liverales*. Junto á un *bino Antoño Camino*, está un *coman m... ashca*, de letras de á palmo. Sobre la puerta, y entre dos figuras de bebedores, pintadas con azul de ultramar, se lee: *Benta de licores de David Cañisares*, y debajo el

versito consabido:

Oy no se fia
Maniana si
Trampas afoera
Menos aqui.

Antes de abandonar la plaza, será bueno animarla poniendo en ella dos borricos lanudos y lastimados que se rascan á dentelladas; tres ó cuatro puercos que gruñen inquietos, buscando entre los frondosos chaparros alguna cosa que no debe saber á miel; un perro ético, que asoma robando un hueso y se pone de barriga para roerlo, sin que le interrumpan en su faena los políticos de la raza canina. Pongamos también, un muchacho panzudo y desgredado, que mostrando las nalgas tras la destrozada culera del pantalón y silvando un *sanjuanito*, se divierte tirando piedras à los gorriones que pían en la barda de las tapias.

Las callejuelas que parten de la plaza hacia los cuatro puntos del horizonte, están orilladas en su tortuosa delineación, de casuchas de paja, tapias ruinosas y zanjas de espinos y cabuyas, tras las cuales se extienden los alfalfares y sembríos, sombreados por algunos alisos y capulíes, semejantes á los de la cuadra parroquial. A más del lodc, producto de las acequias que corren por las calles, y que fermenta á gusto, nada hay de particular. El clima del pueblo, como está situado en una encrucijada de la cordillera, es

frío, desapacible y azotado por ventarrones capaces de descornar bueyes, vacas y demás animales de cuernos.

Si es cierto que el sitio influye sobre los habitantes, los de San Camilo deben ser, y son en efecto, tristes, taciturnos y desgreñados; de adeshala, tienen una afición decidida al aguardiente. En los eternos días de invierno, cuando la nevada de los cerros se convierte al llegar al pueblo en garúa tenaz, y en niebla tan densa que se la podría cortar con hacha, y cuando de la cordillera sopla un vientecito que da calofríos, los sancamileños, envueltos en larguísimos ponchos de bayeta, cubiertos de grandes sombreros de lana y con los pies desnudos y llenos de lodo, se dan cita en la taberna *del David*, en la que se juega eternas partidas de la *quecae* con un naipe seboso y á la luz indecisa de una ventanilla microscópica. Y como las pérdidas de los jugadores se convierten en aguardiente de Baños, que para los inteligentes es el mejor de todos, los *buches* sucédense interminables hasta que la tarde los encuentra borrachos perdidos. Si el tiempo es bueno, unos labran sus pequeños campos, otros deshieran las cuadras alfalfares, otros cuidan las bestias para *el viaje*, alguno compone enjalmas y sudaderos para el mismo fin ó enseba las vetas para asistir al próximo rodeo en una de las haciendas vecinas. Como el pueblo tiene páramos y en ellos dehesas de ganado va-

cuno y tal cual venado, todos tienen decidida afición á la tauromaquia y anexos, y á las corridas de venados. Hablarles de rodeos ó de carcerías, es dar en el clavo. Las vetas, *apartadores*, monturas chocontanas, caballos parameros, espuelas pastusas, zamarros machachenos y otros adminículos de equitación, gozan de gran favor en una conversación sostenida entre ellos.

He aquí en lo físico y lo moral el pueblo de San Camilo, teatro de lo que voy á narrar.

II.

El inimitable Emiro Kastos, en su artículo "Mi compadre Facundo", nos da una pintura del gamonal antioqueño. Muchos puntos de contacto existen entre el tipo descrito por Emiro, y el que ahora pretendo diseñar, aunque ni los colores ni los pinceles que yo manejo sean de lo mejor.

Don Cipriano Barreno principió su vida pública sirviendo de mayordomo en una hacienda de las cercanías de San Camilo, lugar natal de ese célebre personaje. El propietario del fundo era una comunidad de monjas, y con esto está dicho todo. Algunos años después, abandonaba el servicio llevándose el título de Don, y usando botines, y botas rodilleras, cuanda montaba á caballo. A fuerza de *ahorritos* y trampantojos, reunió una regular suma de dinero con la cual

compró 30 cuadras de tierras; y mediante un pleito larguísimo y por transacción ventajosa, el antiguo poseedor, le cedió 30 más, bien deslindadas y sin gravamen alguno, como rezó la consiguiente escritura.

Conseguida esta propiedad, se hizo asentista de todos los ramos municipales y fiscales de la parroquia; logró ser síndico de la iglesia, y sangrando á los pagadores, pudo aumentar en un quintuplo su primitiva fortuna. Las utilidades le permitieron establecer en San Camilo un pequeño banco, del cual sacaban los chagras vecinos, eso sí, con buenas hipotecas y al módico tipo de *medio* en peso mensual, pequeñas sumas de dinero. ¿Quién no debía á don Cipriano? quién no quería tenerle contento? y con todo, tierras y casas de los clientes, eran absorbidas por este nuevo Gargantúa.

Casado desde joven con doña Javiera, chagra gorda y fea, que trabajaba como un burro de pobre y economizaba más que un avaro, logró tener un hijo. Tras largas deliberaciones, entre la madre que deseaba hacerle cura y el padre que tiraba por el lado de la abogacía, se resolvieron por lo último, pues, con abogado en casa, el dinero no saldría de élla pagando á letrados de afuera, en los infinitos pleitos en los que vivía don Cipriano como pez en el agua.

¡Qué pasión la de don Cipriano por los pleitos! Si una gallina del vecino entraba á su huerta

y escarbaba en una mata de papas, demanda y pleito. Si un burro pollino del compadre no ejercía bien su oficio en la yegua mandada por don Cipriano, pleito por daños y perjuicios. Pleito por una cabuya cortada, pleito por una mazorca de maíz. Don Cipriano era capaz de meter pleito al mismo demonio. Nadie como nuestro hombre para saber los recobecos de la litis, nadie como él para conocer los códigos. ¡Si hasta hubo abogado recibido que fué derrotado en campo abierto, por el estupendo litigante!

Así como en la edad media hubo en Italia y otras naciones europeas, gentes que se dedicaban al honrado oficio de bravos, así en San Camilo organizó don Cipriano una compañía de *juradores* adeptos á su servicio. En sus pleitos presenta diez ó doce testigos, que contestes declaran en su favor, y de esa manera, pleito con don Cipriano, aun cuando lo defienda el mejor de nuestros abogados, es pleito perdido.

En la ciudad es bastante conocido, sobre todo en tiempos de elecciones su cooperación es solicitada por todos los bandos. Elecciones en San Camilo, cuando este gamonal toma parte, son elecciones ganadas. Nadie puede contrarrestar influencia tan decisiva, sobre todo cuando hace llegar á los oídos de los electores las palabras de *ejecución y remate*. Las autoridades parroquiales, cuyas son, los jueces y comisarios le obedecen en lo absoluto. El cura aunque cor-

cobea de vez en cuando, también está bajo el poder de don Cipriano, y reunidos forman la irresistible autoridad del Papa y del Emperador, y desgraciado del que quiera burlarla.

Don Cipriano, nadie lo puede negar, y lo diré en obsequio de la verdad, es un buen católico. Oye todas la misas que puede, es terciario de San Francisco y prioste obligado de la *Virgen del Volcán*. Todas las noches reúne su numerosa servidumbre de indios y hace rezar el rosario; confiesa y comulga siquiera dos veces al mes y ayuna los viernes de precepto. En su boca las palabras: "después de Dios y María Santísima", brotan espontáneas y como muletilla; aun cuando sea para principiar un negocio que debe arruinar al prójimo.

En lo físico, nuestro gamonal es un tipo como se vé en todos los días y en todas nuestras poblaciones serraniegas. Cuerpo rechoncho, piernas delgadas, rostro prieto, picado de viruelas, sin barba, nariz chata y ojillos de marrano gordo. Usa á diario pantalón azul de bayetón, chaqueta de casinete que no le tapa las grandes posas, poncho *chiricatana*, *macana* al cuello, sombrero de paja sucio y mugriento y botines de baquetilla que encierran patas de hotentote. Cuando va á la ciudad, ó está de prioste, la chaqueta es levita de paño que nunca envejece, el pantalón es de casimir color perla, el mugriento sombrero de paja se convierte en uno

afelpado color de café, y el *chiricatana* en rico poncho de cachemira.

Ahora daré á mis lectores, si es que los tengo, una descripción de la casa y sus dependencias; pues yo gusto de escudriñar todo.

Muchos conocerán las casas de los gamonales, pues tienen una fisonomía particular, y la que ahora dibujo es muy común y se la encuentra en todos los pueblos de la sierra, con ligeras modificaciones.

A la casa de don Cipriano se entra franqueando un portón que da á la plaza, tras el cual está el espacioso patio, *mare magnum* de palos, estacas, estiércol, piedras y demás cosas hechas á propósito para hacer de un patio un museo de fealdades. En medio de esta espantable confusión bulle un mundo de gallinas, pavos, patos y hasta un cabro de barba venerable y olor à demonios. Cerca á este lugar de delicias está el corral, habitación de caballos, mulas, bueyes de labor y de lastimados burros, que chapotean en medio de un pantano infecto de estiércoles corrompidos.

Sobre el patio da el corredor largo de la casa, con pilares ostentando cabezas de venado de las que cuelgan monturas, riendas, estribos y vetas; piso enladrillado á medias, cubierto de estiércol de gallinas, trapos viejos, colas de cigarrillos y otras suciedades; montones de tablas arrimadas à las paredes y en éstas mil descon-

ches y huecos. Los cuartos, de cielos bajos, sucios por las moscas, ó por el humo de las velas con el cual algún desocupado ha dibujado calaveras y escrito nombres. Paredes blanquedas, con señales de grasa y mugre hasta cierta altura y con oleografías, representando el Corazón de Jesús, la *Virgen del Volcán*, la muerte del justo y otras escenas. Piso de esteras desgarrado y cochino; como muebles, mesas cargadas de urnas, herramientas, botellas bacías, códigos descuaderados y otras vejeces; sillas toscas de madera y bancones de lo mismo. Hay en la casa, sin embargo, un cuartucho más confortable y está destinado al *Doctor*, cuando se digna venir de la ciudad á ver á los papás. El *Doctor*, por antonomasia; pues sólo con ese nombre se le conoce en su casa y en el pueblo á Agapito Barreno, recibido de abogado en Cuenca, y un prodigio de saber, según el decir de don Cipriano y de doña Javiera.

III.

Es la mañana de un domingo. El cielo está sin una nube y de color azul oscuro. *Ha caído* una helada famosa; y, después del frío de la madrugada, principia á reverberar un sol que promete ser rica cosa para tostar los sembrados. Las cordilleras y nevados se destacan en el cielo vivamente iluminado, y los rayos solares hiriendo los

objetos diagonalmente, descubren todos los detalles de las lomas y quebradas. Es uno de esos días que hacen la gloria de los necios alabadores del cielo de Italia ó Andalucía, alabadores que, por cierto, nunca han conocido esos países.

Los hacendados vecinos, al paso llano de sus cabalgaduras, con grande ruido de espuelas y frenos, y vestidos de largos ponchos, bufandas de hilo, cubiletes pastusos y zamarros de cuero, acompañados de sirvientes y mayores, desembocan en la plaza y entran con gran prosopopeya á desmontar en la casa parroquial ó en la de don Cipriano.

Por los caminos que vienen al pueblo, desfilan indios vestidos de ponchos de jerga, indias llevando á las espaldas la cría ó una maleta, chagras jinetes en lanudos caballos *parameros* y forrados en una balumba de ponchos y zamarros. Mujeres mestizas en traje dominguero de colores chillones, y sombreando sus grandes jetas y simianos rostros, con enormes sombreros de lana. Algunas chagras de más campanillas han desdeñado el *centro* de bayetilla y lucen traje de zaraza y sombrero de paja; y para evitar que el polvo ensucie el vestido, lo llevan recogido haciendo asomar bajo él, pantorriillas muyúsculas.

El agrio y destemplado sonido de las campanas, agiliza el paso de los rezagados; y de boca en boca corre un "ya deja", que hace en la multitud el mismo efecto que el toque de zafarran

cho en un buque de guerra. Todos entran corriendo, sudorosos y empolvados, á la oscura iglesia, en la cual ya se oyen los horrendos chillidos de un órgano, tocado por el maestro de capilla. Asoma al fin el cura con capa de coro, seguido del monaguillo que lleva el agua bendita, y zas por aquí, zas por allá, hace de arriba á abajo de la iglesia, un asperges general. Se oye el murmullo del rezo; de cuando en cuando un suspiro; y por un rincón, una india vieja lanza un *taitiquito mío*, dirigiéndose á un santo informe que asoma en la penumbra. Viene después la plática, en la cual el Sr. Cura, lanza á sus ovejas terribles amenazas de juicio, infierno y condenación, si no pagan los diezmos y primicias á la iglesia de Dios, amén.

Concluye la misa; la puerta de la iglesia vomita la abigarrada multitud; el sol de mediodía cae á plomo y hace reverberar los colores chillones de *rebozos*, *ponchos* y *centros*. Los señores hacendados se saludan, y reunidos van á comer llapingachos de *mama Voladora*, á beber la chicha del indio Guaita ó el *verdete* del *estanco*, y á conversar mientras se come y bebe, sobre los daños de la helada, precios de los granos y proezas y cualidades de sus respectivos caballos. Los mayordomos forman un grupo especial, y parece que hacen gala de mentir, ponderando cada uno la tacañería y demás buenas cualidades del patrón.

Un grupo de mozos organiza una partida de pelota, juego para el cual los de San Camilo, al

decir de los inteligentes, son estupendos. El cura, el maestro de escuela y algunos otros personajes, arreglan un *tope* de gallos, apostando cuatro reales de chicha y las plumas. Entre tanto el sol ha recorrido las dos terceras partes de su carrera. El viento levanta en la plaza, calles y campos vecinos, torbellinos de polvo; el calor hace temblar, en algunos lugares, los objetos, y en los páramos se levantan tendidas humaredas de los múltiples incendios en los pajonales. El paisaje se ve tras un velo parduzco; las desigualdades y las quiebras de las cordilleras, se apagan y disfumina; y solamente el manto blanco del Cotopaxi, se dibuja claramente al nordeste.

Los caminos y callejuelas vuelven á ser invadidos por los viajeros de la mañana; pero ahora son indios que, tambaleándose poncho remangado sobre el hombro y sombrero á la nuca, cantan no sé qué yaraví de letra incomprensible. Son indias que á la puerta de una chichería de la cual sale un olor de perrera, pónense á pelear con voces estentóreas. Son chagras que bien borrachos y con los sombreros hasta las narices, salen al arranque de sus caballos, los paran de golpe ante la puerta de un estanco haciendo verdaderos prodigios de equilibrio; beben un mate de chicha, ofrecido por una Maritornes de pechos descomunales y pelo enmarañado: le echan cuatro chicoleos indecentes y vuelven á romper la carrera, destrozando con las enormes espuelas

los vientres de los éticos caballos.

La tienda *del David* es un *maremagnum* de borrachos: allí está un hacendado cogido del cuello de un chagra administrador, ofreciéndole el oro y el moro y comiéndole á caricias; más allá, un mozo recién venido de Bodegas, de catadura de montuvio y ceceando más que un andaluz, ofrece á los amigos un *aguado*; por un rincón, un indio mayoral con sombrero forrado en funda colorada y *macana* al cuello, botella en mano, grita y habla en un quichua endemoniado. Hasta un perro venadero, lanudo y ético, aprovecha la confusión y se engulle media batea de fritada.

En casa de don Cipriano hay otra escena. La mañana de ese domingo se dignó venir *el Doctor*. Caballero en un moro yunga, sentado sobre galápago pastuso, vestido de poncho de flecos, bufanda de hilo blanco, botas amarillas, sombrero de fieltro grande, y caída coquetamente el ala á la izquierda, y sombreando un rostro prieto, redondo y lampiño, como rostro de cura nuevo, hizo su entrada en el patio. Un indio *guasica-ma*, que con una pala levantaba la majada, corrió á coger el caballo, después, eso sí, de besar la mano al *amu Dotor*. Desmontó, y su gorda y pequeña figura hizo, con mucho compás de pies y movimiento de caderas, la entrada al corredor, en donde los papás lo esperaban. Después de los abrazos y preguntas comunes, doña Javiera trajo un gran tazón rebozando de caliente

y oloroso *gloriado*.

—Toma, pues, hijito, vendrás muerto de frío con semejante heladón que nos ha *fregado* los papales, ¿no es cierto, Cipriano?

—Pero, mamita, me voy á achispar, pues el *gloriado* está hecho un demonio dijo el doctor, después de haberlo probado con visible satisfacción.

Don Cipriano, con bondadosa sonrisa, le instó, hasta que el Doctor, soplando y más soplando, y tosiendo más de cuatro veces, se engulló todo el contenido del tazón.

La conversación rodó largo tiempo sobre pleitos, demandas y expedientes, hasta que el Doctor, poniéndose de pié y con figura de grande hombre, dijo:

—Sabrán ustedes que los amigos están empeñadísimos en que acepte la diputación. No quiero aceptarla, porque ahora no es decoroso, ni digno, ni conveniente servir à semejate Gobierno. Pero me están rogando y molestando tanto, desde el Gobernador para abajo, que no se como salir del compromiso. ¿Qué les parece ahora á ustedes?

Los interpelados quedaron fulminados. ¡Diputado su Agapito! ¡y rogado por todo el señorío, y aún por el mesmo Gobernador! Era inaudito. ¿Qué dirían los enemigos, viendo al Doctor de diputado y hombreándose con los grandes?

—¡Jesús, Avemaría Santísima! dijo doña Javiera, cómo no has de aceptar semejante mara-

villa! No serás tan tonto, Agapitito, renunciando esa lindura. No es cierto, Cipriano?

—Es claro como el sol que nos alumbra. Ve, Agapito, te ruego, te suplico que te hagas diputado. No ves, hijito, que después del Congreso te harán hasta *menistro*? Y luego es una ventaja que *lustrees* á la familia. Y, qué dices del sueldo que ganan los diputados? Diez pesotes diarios; caramba, no es plata de botar á la calle. Lo dicho, dicho; quiero que salgas de diputado, precisamente; y ya ves que en esta parroquia hemos de ganar tu lista. *Chogllón*, limpias han de ir las urnas. ¿Y cuándo tocan las elecciones?

—De hoy en ocho sin falta, según dispone la ley; apúrese, pues, si quiere que triunfe mi lista.

—¿Para qué? ni Dios me gana las elecciones aquí. [*]

—Entónces, haga leer con alguno estos papeles que han publicado los amigos de la ciudad.

Y diciendo esto el Doctor, extrajo de sus bolsillos un rollo de papeles recién impresos, y don Cipriano se puso á leerlos, á petición de doña Javiera, con no pequeños errores y vacilaciones. El principal de todos decía poco más ó menos:

“¡A LAS URNAS!

El primero y el más sagrado de los derechos del ciudadano es el de elegir y ser elegido. Fun-

(*) Histórico.



Para qué? ni Dios me gana las elecciones aquí. Pag 22.

dados en esta sabia ley de los países parlamentarios, queremos que á la próxima legislatura vayan hombres de conocidos antecedentes, de ideas sanas, de religiosidad reconocida, para de esa manera hacer la felicidad de la Patria. Estos son los Señores

Dr. Federico Barrionuevo.

Dr. Hermógenes Cuesta.

Pbrc. Dr. Aristóteles de la Huerta.

Dr. Agapito Barreno.

Patriotismo, hombría de bien, luces y todo lo demás reunen los arriba nombrados. ¡A las urnas pues!

Patriotas."

Después de leídos los papeles, y en plena sesión de familia, se hicieron los planes para la próxima campaña electoral.

—A los que temo, decía el Doctor, son al Cura y al Capitán de milicias.

—¿No es, pues, lista oficial la tuya? preguntó asustado don Cipriano.

—Si, lo es, y el mismísimo Gobierno la ha mandado de Quito; pero el Cura es caprichoso, y con sólo verme figurar á mí en la lista, hará lo posible porque yo no salga.

—Deja no más; ya lo verás, que al clérigo le domo; le he de *fregar* si nos hace la guerra. Y los cuatrocientos del terreno que me debe?

—¿Y al capitán de milicias?

—No tengas recelo; sabrás que está interesado en dejarme de fiador de una plata que va á sacar; y es claro que nos ayudará en todo lo que pueda. Ya te digo: ni Dios me gana en este pueblo las elecciones. *Ajay*, más á mí! ¿No recuerdas lo que le hice ahora años al cholo Parra, cuando se atrevió á ir en mi contra? Lo *podrí* en la cárcel y lo dejé limpio. ¿Y el apoyo que tenemos en la ciudad? *Tragamos* no más.

Dejemos á los tres tipos preparar la campaña. pues hasta doña Javiera iba en ella á tomar parte, y demos, entre tanto, un paseíto á la ciudad de la cual venía la influencia.

En las elecciones que ahora nos ocupan, el Gobierno de entónces, tomó activa parte; pues necesitaba diputados que sancionasen ciertos proyectos sobre empréstitos, obras públicas. reformas de los códigos, etc. Convenía tener mayoría en el Congreso, y todo se puso en juego para este objeto. A las Gobernaciones se dirigieron amistosas insinuaciones, y de éstas bajaron ya no amistosas sino categóricas á las tenencias parroquiales, y á las jefaturas de milicia. Después de largas deliberaciones, se convino en la lista que se ponía en en campaña en la provincia de R.... Entre los elegidos estaba un Señor Cura, para de esa manera tener callados á los escrupulosos católicos; se eligió también á dos sujetos acomodaticios y de honradez muy dudosa, y por último, á nuestro doctorcito Ba-

reno, recién venido de la Universidad de Cuenca, á la que fué á optar su grado, después de haber sido reprobado en la de Quito. Las aptitudes del doctor Barreno para el cargo que el Gobierno le confiaba, nadie las ponía en duda. Era intrigante como cien mil beatos, servil hasta la exageración y con falta absoluta de valor. Así, pues, el Gobierno, de antemano, contaba con la adhesión del doctor Agapito, y aun para asegurarse más, le ofreció para una vez terminada la legislatura, un cargo elevado en la administración.

Como de paso, el Gobierno despachó un batallón que precisamente debía tocar en la ciudad durante las elecciones. Se organizó la guardia nacional, porque según decían, había amagos de revolución. Los amigos del Gobierno recorrieron los pueblos para captarse la voluntad de los gamonales, ofreciéndoles maravillas. La curia, por su parte, mandó también una pastoral que debían serleída en los púlpitos ciñéndose á recomendar á los *queridos hijos*, el cuidado que debía tener de no favorecer con sus votos, á hombres de dudosas ideas religiosas; pues la impiedad, el liberalismo y el masonismo estaban tocando las puertas de la moderna Jerusalén. Así fué como el doctor Agapito Barreno estaba en terna para salir diputado por la voluntad popular.

IV.

Por instancias de sus padres, el doctor quedóse en el pueblo todo aquel día, y dejémoslo en su cuartuco recibiendo visitas y regalos de los chagras, despachando consultas á cambio de cuyes, huevos y pan, que llevan como honorarios; y demos, lector, una vueltecita por la casa parroquial, pues quiero presentarte al doctor Jacinto Ocaña, *cura colado* de la parroquia de San Camilo.

No sé de qué lugar será oriundo el doctor Ocaña, ni los principales acontecimientos de su juventud; solamente he oído decir que principió la carrera sacerdotal en uno de los conventos de Quito y que allí cantó la primera de sus misas. Tampoco mis averiguaciones me han hecho saber la causa por la cual ahorcó el hábito y capucha frailesco, para ponerse la sotana de clérigo.

Nuestro cura es un jayán vigoroso, gordísimo como canónigo, de color aceituna, aspecto de mulato ó zambo, de fuerzas de gladiador y de apetito de ganso. Descuidado en el vestir, amigo de la mugre, es un cura *popular*, según dicen nuestros chagras. Aficionado á correr venados, á lidiar toros bravíos, *gallero* insigne, tiene en los corredores de la casa parroquial más de veinte gallos famosos aun en la ciudad; apuesta en la pelota, bebe chicha, tira de vez en cuando la *pinta*, y aunque cincuentón, le gusta galan-

tear á las chágritas buenas mozas.

En sus mocedades, yo no sé por qué tarquinada, conoció los honores del destierro, y en el Perú vivió algunos años, dándose vida regalona, pues estuvo de capellán de monjas. Levantado el destierro, vino á tierra del Ecuador, trayéndose una chiquita vivaracha y simpática, á la cual el doctor llamaba Susana y decía ser su sobrina, aunque las gentes decían que el parentesco era más estrecho.

Como camarada el cura Ocaña es una plata. De vez en cuando afloja la bolsa y los amigos le comen *medio lado*. Cuenta *cachos* colorados, salpimentándolos con arte y malicia, y suelta tacos muy redondos y enérgicos. Eso sí, en el cobro de primicias y derechos parroquiales, es testarudo y no perdona un solo centavo.

Le hacen compañía en la ruínosa casa parroquial, á más de los *pongos y servicios* de ordenanza, una hermana vieja y su sobrinita. La vida es monótona en demasía, y sólo se interrumpe esta inalterable uniformidad, con la rarísima visita del Prelado.

La llamada Susana, en la época á la cual mi historia se refiere, era una real moza, con tipo de cuarterona, alto cuerpo y recias carnes, formando un conjunto muy apetitoso; la edad, sin pasar de veinte años, no bajaba de diez y siete. Para desconsuelo de los jóvenes hacendados de la vecindad, esta muchacha, en aquella época, tenía la

misma virtud de la célebre judía de su mismo nombre. Todas las campañas emprendidas hasta entonces por los golosos, habían dado resultados absolutamente negativos. Pero el diablo que, según es fama, anda listo, tomó cartas en el asunto, y á pesar de la terrible vigilancia de don Jacinto y de doña Mariana, su tia, un joven, rico hacendado de las cercanías, logró, por fin, obtener correspondencia de la casta Susana; y cartas van, cartas vienen, al cabo de pocos meses, el asunto marchaba viento en popa. Nada maliciaron los guardianes, y quién sabe hasta dónde hubieran ido en el juego los amantes, si la muchacha, llevada por un espíritu práctico, superior á su edad, no hubiera hecho oídos de mercader á las peticiones del galán. Ella pidió categóricamente casorio, y fuera de él no había que tratar, siendo vanos los aspavientos y lloriqueos del cuitado mozo.

Por otra parte, el Dr. Ocaña, tratando de potencia á potencia, había arreglado secretamente con don Cipriano un matrimonio entre el Dr. Agapito, tipo ideal de marido, según el Cura y Susana, tipo perfecto de mujer, según don Cipriano. Como secretario había actuado doña Mariana, pues doña Javiera saltó á las nubes cuando su marido quiso hacerle tomar parte en tan grave negocio. Ella pretendía para su hijo una caballera, rica, bonita y virtuosa. El principal interesado, nuestro Dr. Agapito, tampoco

encontraba muy apetecible tener por esposa á una *sobrino* de Cura; él soñaba en cosas más altas, y aun la reina de Bretaña le parecía bien poca cosa.

En este estado estaban las cosas, el día domingo que ya he descrito.

Al ruedo de una mesa redonda, y á la luz de una vela con pavesa de á jeme, están sentados el cura, el Doctor, don Cipriano y dos chagras principales: juegan la *veinte y una*, y cada jugador tiene delante un puñado de centavos de cobre, negros y hediondos. Susana no asiste, pretestando gran dolor de cabeza, pero aprovecha el tiempo pelando la pava con su galán, por una ventana que de su cuarto cae al corral.

A las nueve de la noche, un *longo* de pelo enmarañado y ojos soñolientos, pone sobre la mesa tazas, una botella de café y una jarra con leche hirviendo.

—Señores, dice el cura, basta de juego y tomemos un mal cafecito para *asentar* las pérdidas.

Y mientras cada cual tomaba el brebaje, el cura continuó la interrumpida conversación y dirigiéndose al Doctor dijo:

—No tenga recelo, doctorcito; aquí triunfa su lista. Los herejes liberales bien quisieran que les dejemos el campo, pero se equivocan. Señores, añadió dirigiéndose á los chagras, hay que hacer lo posible para ganar esta elección, y aun pa-

ra ustedes es cargo de conciencia si no trabajan por la lista del doctor.....

—Así es, *taita* curita, respondieron los palurdos.

—Ahora tomemos una copita para asentar el cafecito, dijo el cura sirviendo grandes y sendos tragos de anisado.

Tomado el cual por todos y con especial fruición por los dos gamonales, se disolvió la sesión.

En el camino corto que va de la iglesia á la casa de don Cipriano, todavía padre é hijo siguieron hablando de elecciones; y aun en la casa propia seguía y seguía la interminable charla hasta que, por fin, don Cipriano la cambió de esta manera:

—Pues, amigo mío, nuestro Cura es rica cosa; tan popular, tan franco, tan alegre. Lástima que *vos* no quieras entrar en la familia casándote con la Susana, que también es buena mujer, buena moza, muy hábil para cosas de mano y que seguramente ha de heredar todito el *platal* del doctor Ocaña..... Anímate, ve que es buen matrimonio y que ni en la ciudad has de encontrar mejor mujer, *vééé*..... Así el potrero del Cabuyal se ha de unir no más en uno, lo que ahora son dos, y luego la hacienda de la montaña y la casa de Quito *harta* plata es, *harto* mismo.

—Ya veremos, papá..... ya veremos despacio, contestó, contrariado, el doctor, ahora tengo otros proyectos..... en fin, veremos.

—Piensa, hijito, piensa bien y verás que es bueno. Pero vamos á dormir que es muy tarde..... Buenas noches, Agapito.

—Buenas noches, papá.

Entre tanto la niebla envolvía el pueblo, un vientecito helado bajaba de la cordillera, cantaban á lo lejos los gallos, ladraban por todas partes los perros, y un burro rebuznó por no sé donde con eco trémulo y lamentable.

V.

¡Las elecciones! Llegaron por fin las elecciones para los diputados y senadores! Todo está listo en San Camilo y en toda la provincia de la cual aquel hace parte, para que el pueblo ejerza el más sagrado de sus derechos: el de elegir y ser elegido. Los jefes de milicias han repartido ya las papeletas, el teniente político y los jueces han cumplido las órdenes superiores, el Sr. Cura ha leído varias veces en el púlpito la pastoral, don Cipriano ha puesto en campaña la hueste de sus deudores, amenazándoles con la *ejecución* si no trabajan como es debido. Hay, por tanto, mucha libertad, según reza el periódico oficial de aquella época.

La mesa presidida por la autoridad competente, está ya instalada en el corredor de una casucha que da á la plaza. Se espera los votantes para después de la misa mayor. Está la

iglesia llena de feligreses y el doctor Ocaña, como siempre, vestido de capa de coro y bonete á la cabeza, reparte á diestra y siniestra el agua bendita. Se oye un rumor en la puerta del templo, un *longo*, criado del cura, atropellando á las mujeres y pisando *huahuas*, se acerca al oído del doctor Ocaña y le dice tartamudeando con la fatiga: "*Taita* cura, la *ña* Sosana, ya va *ju-yendo* con el ño Pepe, vengo avisar á s̄o merced". Oír el cura estas palabras y salir corriendo á la plaza, fué obra de pocos instantes.

—¿Por dónde se han ido esos bandidos?, pregunta á los que encuentra en la plaza; oigan, chagras de tal, ¿por dónde se han ido?

No hay quien le dé respuesta, pues nadie sabe de qué se trata. Al fin el *longo* le da alcance y le vuelve á decir:

—*Fú*, ya lejos han de estar.... para abajo va el ño Pepe robando á la *ñaña*.

No oye más el furioso cura; ve un caballo á la puerta de una tienda, caballo de algún *chagra*, ensillado con mala montura y estribos de madera; no importa, salta sobre él y dándole en las ancas y en la cabeza con el hisopo, sale al arranque por el camino indicado (*) Qué figura la de nuestro párroco, á horcajadas sobre un mal caballejo y vestido de capa de coro, estola, alba y bonete á la nuca, corriendo á galope tendido

(*)Histórico.



¡Qué figura la de nuestro párroco!.... Pagge.

por los callejones y llanuras en busca de los fugitivos. Entre tanto la iglesia era un campo de Agramante. Unos gritaban, ¡revolución! otros, ¡recluta! Aquí se oyen lloros y gimoteos, allá ajos y desvergüenzas, y los pisotones, empellones, gritos y desmayos, no cesan sino cuando las gentes medio locas de terror, y dejando adentro sombreros y *rebozos* desembocan en la plaza y desaparecen por todas las callejuelas de los contornos. Un borracho sale en ese instante de la tienda de *el David* y plantándose en media plaza, con sonrisa de estúpido, grita: “¿Quién es el guapo que me tose, canastos!”

Los más valientes averiguan la causa; si-guen á caballo algunos chagras terciarios las huellas del párroco. Después de mucho correr, lo ven al fin en medio de una extensísima pampa, envuelto en una nube de polvo, sin bonete y con la capa al viento, que corría furioso, hasta que, tropezando el caballo, lo lanza á los aires como una pelota.

—¡Jesús!, lo mató el caballo! gritan los terciarios, y llegan asustados donde el caído, á tiempo que se levantaba sacudiéndose el polvo, y hechando sapos y culebras, gritaba:

—¡Amorcitos, chagritos, por Dios y la Virgen, por todos los santos del cielo, cojan á esos bandidos, á esos perdidos, á esos infames!... Hase visto desvergüenza al igual! Vean, les pago lo que quiera; pero pronto, chagras del diablo! Có-

mo se han de quedar con la picardía!

Los chagras sabedores que con el ño Pepe no había burlas, estaban indecisos, hasta que el cura, hecho un toro y ronco por la cólera, les grita:

—¡Chagras del tall!, [y lo echó redondo] si no la cojen á la canalla de mi sobrina les excomulgo.

Con esta amenaza, pero á paso moderado, los terciarios van por fin tras los pichones. El cura, otra vez á caballo, regresa al pueblo, en el que todavía duraba la alarma.

Se desmonta en el patio, y viendo á doña Mariana, que medio lela está esperándole, le toma de las muñecas y sacudiéndolas furioso, le dice:

—¡Vieja tall!, ¿qué se ha hecho tu sobrina? Asco, ni para eso sirves, vieja perra, momia, asco. . . . ¡alcahueta!

—¿Yo? pero Jacinto.

Cállate, vieja del diablo, cállate, alcahueta.— Y luego, como si hablara sólo.—¿Hase visto cosa parecida? Se equivoca la pilla Ahora le escribo al Arzobispo para que le meta al Buen Pastor. . . . y al Presidente, para que á ese bandido lo pudra en el *Panáutico*. . . . ¡Señor! Señor! qué cosas, qué cosas. . . . Y se paseaba de arriba abajo por el corredor, puesto todavía la capa de coro y con el hizopo en la mano.

Las elecciones, turbadas ese día por el acontecimiento, tuvieron sin embargo lugar. Unos ochenta chagras, después de previos cambios de miradas con el *político* y los otros miembros de

la junta, pusieron en la urna sendas papeletas. Ejercían el sagrado derecho de sufragio.

Abierta por la tarde la urna, el secretario leyó con voz de mujercilla el acta, y la lista que ya conocemos triunfó por unanimidad de votos. Fué un *chogllón*, como decía don Cipriano. Los días restantes sucedió lo mismo. Era un bello ejemplo de lo que es un pueblo ilustrado y libre que ejerce sus derechos. Don Cipriano había triunfado en toda la línea.

Las elecciones en la capital de la provincia, *pasaron en la mayor calma*, según los periódicos ministeriales. Solamente hubo que deplorar la muerte de algunos ciudadanos heridos por los soldados que estaban de paso, *por una lamentable equivocación*, según los mismos periódicos. También en el mismo batallón se dieron de alta *voluntariamente* algunos mozos del pueblo, que tuvieron la humorada de votar en las urnas por una lista que no era del agrado de las autoridades.

Volvamos á nuestro cura. A la tardecita regresaron los terciarios perseguidores, trayendo la fatal nueva de no saberse nada de los fugitivos, pues nadie daba razón de haberlos visto. La cólera del cura volvió á estallar, y doña Mariana, cruzados los brazos sobre la abultada barriga, no cesaba de gimotear y murmurar oraciones á toda la corte celestial.

Don Cipriano también sufrió con el aconteci-

miento; pues el proyectado matrimonio para su hijo, y la unión de los potreros, eran asuntos casi imposibles, pero siquiera tuvo la compensación de triunfar en la lucha electoral.

VI.

Pepe, en esta época, era un mocetón bien plantado, de buena y noble familia, aunque tonto al remate, cosa común en nuestros nobles; para todo lo que no fuera asuntos de amor, pues para éstos era un verdadero genio. Vivía regularmente en una hacienda cercana á San Camilo, de propiedad de su madre, vieja llena de resabios de nobleza y pergaminos. Recién venido á la hacienda, Pepe hizo sus primeras campañas amorosas con las chagritas simpáticas de la vecindad, y este Tenorio hizo fazañas mil que la fama pregonó en tres leguas á la redonda. Más de una docena de "hijas de María" dejaron de serlo, por obra y gracia de Ño Pepe, como vulgarmente lo llamaban, y no hubo campaña emprendida por este conquistador, que no tuviera bueno y cumplido éxito.

Con el doctor Ocaña estrechó muy buena amistad; nada raro, por cierto, pues tenían aficiones y gustos semejantes. En una de las primeras visitas al cura, Pepe conoció á Susana, y el diablo que siempre sopla activando los malos deseos, sopló en el corazón de Pepe uno de los peores.

Ducho y atrevido en achaques amorosos, consiguió que la simpática Susana correspondiera á su amor, y aunque dicen que los enamorados se traicionan, ni el cura ni la tía sospecharon que la sobrina estaba cercana á cometer una barbaridad de marca mayor. Para despistarlos todavía más, Pepe dejó de ir al convento con la antigua frecuencia, pero las cartas y las citas en el corral le resarcían con creces.

Táctico diestro, no precipitó las cosas y dejó que la presa cayese de suyo en el lazo, pues, su máxima era la de otros muchos seductores: "La fruta de madura cae". Cuando conoció que el momento había llegado, resolvió dar el golpe en la primera ocasión que le fuera propicia.

En una oscura noche, llegó Pepe al lugar de la cita. Le esperaba Susana más enamorada que nunca. Él, ahuecando la voz y con señales de gran pesadumbre, la endilgó un larguísimo discurso, entrecortado por suspiros y aun lágrimas. Pintó sus sufrimientos, su inmenso amor, sus engaños, y terminó el elegíaco discurso, anunciando á la amartelada muchacha, que viendo lo imposible de su amor, pues que ella no le creía, iba á emprender un largo viaje por Europa, para apagar allí el incendio que le consumía.

Susana, llorando de buena fe y perdida de amor, rogóle por lo más sagrado, que no la abandonase, diciéndole que era un ingrato, pues que su amor era infinito y capaz de todo sa-

crificio.

Se entabló luego entre ambos una terrible lucha. Pepe tenía á su favor la sangre fría y la destreza para mentir descaradamente. Susana, sencilla y enamorada, ignorante en achaques amorosos, cedió, como tenía precisamente que suceder; y por fin y remate de tan larga cita, convino élla en huír con él al día siguiente, aunque Pepe la llevase á los infiernos, pero con la condición expresa de que se casarían lo más pronto posible.

Pepe juró mil veces hacerlo así, asegurando no haberlo hecho antes por temor de su madre, pero que por evitar este inconveniente, iban á huír los dos al Perú, en donde les casaría cualquiera de los curas. Ofreció maravillas, hizo una poética pintura de la dicha que les esperaba y dándose un beso de despedida y prometiéndose amor infinito y eterno, se separaron. Antes convinieron en la hora, y Susana aseguró ser la mejor la de la misa; porque en ese rato no habría nadie que pudiese espiarla. Pepe tendría tras la huerta dos buenos caballos, y una vez en ellos no habría quién los alcanzase.

No me alargaré en los detalles de la fuga, buenos á lo más para una novela de folletín, y, por otra parte, fáciles de suplirse como quieren los lectores. La pobre Susana estaba, pues, en las garras del gavilán. Temblando, casi muerta, y sin conciencia del falsísimo paso que aca-

baba de dar, siguió á su amante, al arranque de un magnífico caballo. Caminaron toda la tarde, y ya muy entrada la noche, llegaron á X. Dirigióse Pepe á un mal hotel, único que había en la ciudad, y allí pidió habitación y comida. Hizo pasar ésta al cuarto que ocupaban, pues no quería que alguna persona conocida ó amiga supiese su permanencia en el lugar. La pobre Susana, medio aletada y temblorosa, no probó un bocado de la mala comida que les sirvieron. Pepe, con mil mañas y palabritas dulces, trataba de consolarla; luego, el abundante vino que obligó á tomar á la muchacha, y su audacia y atrevimiento hicieron lo demás.....

.....
Tres días después, el infame Pepe, la abandonaba, dejándola casi sin recursos, y huía al Perú llevándose el honor de Susana.

El doctor Jacinto, después de largas averiguaciones, supo el paradero de la sobrina, fuese á X y recibiendo, como es de suponer, terrible golpe con la confesión que le hizo Susana; regresó á San Camilo.

VII.

El tiempo señalado para la reunión del Congreso había llegado. Por la carretera pasaban los padres conscritos, caballeros en sendas mulas ó caballos, y era fácil adivinar por su as-

pecto las provincias que representaban. Los diputados del Sur venían en ricas mulas, con pajes indios de larga cabellera, caballos de tiro y grandes alforjas en las ancas. Los de la Costa, caballeros en rocines de alquiler, y envueltos en tupidas franelas, apenas soportaban el frío de la meseta. Nuestro doctor Agapito emprendió también el viaje.

A las cinco de la tarde de un claro día de junio, hacía su entrada en la quebrada ciudad de los Shiris. Caballero en un castaño *santeño*, envuelto en un rico poncho de flecos, tapado gran parte de su rostro de cholo con un cubilete de paja de dos palmos de alto, forradas las gordas piernas con un calzón de montar de cuero de leopardo, y llevando espuelas de plata, nuestro doctor se creía un Napoleón entrando á París después de una de sus grandes campañas. Le acompañaba un indio, ginete en un macho negro, llevando del diestro un caballo de reserva y una mula cargada del equipaje, el cual estaba constituido por un baúl forrado de cuero negro y claveteado con clavos de cobre, un almofrej, y como *soberna*, una bacinilla de fierro y una sombrerera de hojalata. Al subir la cuesta del *Mesón*, creyó el doctor que debía disminuir el paso para que todo el mundo gozara de su presencia. Pie tras pie, y con grande ruido de herraduras, espuelas y frenos, y con el acompasado golpear de la bacinilla y la sombrerera en el

baúl, subió toda la calle; pero nadie, desgraciadamente, reparó en tan augusto personaje; no hubo niñas desmayadas, ni hombres admirados, solamente un muchacho desarrapado, fijándose con su mirada de lince en el doctor, dijo á otro: "*Elé, otro burro del Congreso*".

Alojóse en una casa de huéspedes, y al día siguiente, á primera hora, salió del alojamiento á recorrer la ciudad, luciendo larga y floja levita, pantalón ancho que casi le cubría los pies y sombrero de copa, largo como tubo de chimenea. La satisfacción brillaba en su carilla de vulgarísimo corte; entre los ralos y cerdosos bigotes asomaba un gran cigarro, y tras el cuello, las púas de su cabellera, se asemejaban á un puerco espín en asecho. A no dudarlo, él deseaba decir á todos los que encontraba: "Poco á poco, señor mío, sepa Ud. que soy el doctor Agapito Barreno, diputado al Congreso, y sepa también que soy inviolable é invulnerable", Desgraciadamente, nadie se fijó en el señor Diputado á no ser dos *chullitas* de equívoca catadura, que oliendo en nuestro doctor un pagano, cambiaron con él, dulces y tiernas miradas.

Se abrieron las sesiones. El país, según los periódicos de entónces, esperaba mucho bien de aquella legislatura. Un escritor empalagoso de un periódico gobiernista, con el título de "Semblanzas", publicó una serie de artículos poniendo en las nubes á los diputados que podían dar el vo-

to con el Gobierno: entre ellos estaba el doctor Agapito. No hay para qué decirlo, nuestro hombre se entregó con armas y bagajes al Gobierno. Apoyó cuanto proyecto fué presentado, eso sí, solamente con su voto, pues su esperada elocuencia, cual la de Simón de los Peñascales, [*] se redujo á ponerse de pie y, después de escupir pegajoso, decir cuatro disparates, que no cuatro palabras. Otra ocasión, urgido por un diputado socarrón, se puso de pie, miró la concurrencia, vió en ella caras burlonas, se turbó completamente y después de decir: "Señor Presidente, estoy por el proyecto porque es . . . porque es muy bueno" . . . sentóse pesadamente en su sillón, en medio de las risotadas de los honorables y de la barra. Todos los proyectos del Gobierno obtuvieron por gran mayoría la aprobación del Congreso, y nuestro doctor dió su voto incondicionalmente. En uno de los más brillantes proyectos, el de celebrar un contrato con una compañía rusa para la iluminación de nuestro litoral por medio de la luz eléctrica, el doctor Agapito justificó su voto diciendo que lo que nos faltaba en el Ecuador era luces, y que por esto daba su voto.

Desgraciadamente las sesiones tocaban á su fin y nadie hacía caso de nuestro Honorable.

[*] Léase la novela de Dn. J. M. Pereda: "Los hombres de pró".

El Gobierno se hacía el sordo, y la judicatura de letras no parecía venir. En vano Barreno hacía genuflexiones exageradas, cuando se encontraba en el palacio con el presidente ó los ministros, en vano trataba de hacerse de amigos influyentes en el Congreso. Nada consiguió, y cerráronse las sesiones, sin lograr ni un triste empleo de amanuense. Desesperado y furioso, hizo un cuarto de conversión, y pasóse al enemigo, llevando terrible inquina contra el Gobierno. Declamó contra las tropelías electorales, tronó contra el despilfarro de las rentas públicas en proyectos descabellados; habló de libertad de sufragio popular, habló... qué sé yo de qué más.

Volvió, pues, á su tierra, sin que nadie se preocupara de él, sin la judicatura tan ambicionada; volvió, digo, arruinado el rico sombrero de copa, rota la larga levita, y comido de una sífilis de padre y señor nuestro, adquirida en sus expediciones nocturnas por los quiteños andurriales.

VIII.

“El Universo”, periódico de un círculo opositorista, apareció después de clausurado el Congreso. Redactor, fundador y propietario era el doctor Agapito Barreno.

El primer número, después del prospecto de ley, cuajado, como cabeza de *danzante*, de oropel y ho-

jarasca, contenía un artículo sempiterno sobre la situación de la República. Se invocaban las sombras de Salinas, Morales y demás muertos del 2 de Agosto; se ponderaban los robos y despilfarros del gobierno; sobre todo, se condenaba como infame el contrato de la compañía rusa; se recordaba con grande ternura del sabio Pontífice preso en el Vaticano; se citaba á Judas, á Napoleón, á Leónidas y las Termópilas, en fin, la mar revuelta. Este era el artículo sensacional, destinado á hacer bulla en el país y colocar muy alto el nombre del Dr. Barreno, en la política del día. La tirada fué de mil ejemplares y se mandaron con profusión á las provincias.

El redactor tuvo la honra de ser perseguido por la policía y huyó á San Camilo, después de lanzar el cuarto número de "El Universo" lleno de feroces insultos contra el Gobierno. Decididamente, el doctor era ya hombre que hacía bulla.

Estalló entónces una revolución preparada de antemano, y nuestro ex-diputado, aunque con grande miedo y recelo, aceptó el grado de Coronel en las filas revolucionarias. En el primer tiroteo con las tropas de Gobierno, abandonando el lucido batallón de 50 hombres del cual era jefe, se parapetó, á una legua de distancia, tras una alta y rolliza pared, que tuvo la honra de presenciar las terribles y mortales ansias de nues-

tro Coronel. Por arte de encantamiento, ó *por especial protección de la Providencia*, según dijeron los boletines, los revolucionarios fueron derrotados, y nuestro amigo, que estaba ya á caballo, llegó á San Camilo, pueblo de su nacimiento y al cual pensaba, en su poderoso magín, hacer *ciudad anseática*, después del triunfo de la revolución; llegó, digo, pálido, desencajado, y sin saber si estaba dormido ó despierto.

Don Cipriano y doña Javiara levantaron la voz al cielo é hicieron mil alharacas y aspavientos sabiendo el *terrible escape del Doctor*; inmediatamente resolvieron que ese mismo día fuera el derrotado Coronel á ocultarse en los páramos vecinos, para evitar que los soldados *lo cogieran y lo tiraran*. Todo el pueblo estaba alarado, sabiendo que el más noble y sabio de sus hijos, el Coronel, el Diputado, el Doctor venía de derrota.

El cura Ocaña voló á la casa de don Cipriano, y estrechando al corrido abogado entre sus robustos brazos decía:

—Conque, fué horrorosa la mortandad, ¿no? ¡Jesús!, de lo que se ha escapado Ud. Lo menos debe haber 500 muertos. [Y los combatientes no llegaban á la mitad de esta cifra]. Ahora, amigo mío, tiene Ud. que enterrarse bajo tierra, pues, si á Ud. le coge el Gobierno, *lo hace tirar*.

El Doctor, con los aspavientos de sus padres

y conocidos, y con el sermoncito del cura, perdió casi la cabeza, y en medio de su terror se daba á los demonios y juraba, por toda la corte celestial, no volver á las andadas ni aun cuando le quisieran hacer Presidente.

Un *ya vienen los soldados*, dicho por un muchacho que entró corriendo al patio de la casa de don Cipriano, hizo que la concurrencia se desparramara en un santiamén, y que el Doctor, temblando como con cuartanas y medio loco, saltara paredes, zanjas, acequias, y después de correr largo rato, y muerto de fatiga, se entrara al escape á la choza de una india y se metiera de cabeza bajo un zaquizamí que servía de cama. No asomaron los soldados, aunque el muchacho juró haberlos visto, llenando *toditos* los llanos y como *tierra*.

Con sólo estar escondido, el Doctor llegó á hacer el papel de hombre célebre. Los periódicos de oposición ponían en lugar muy alto las bellas prendas de tan gran repúblico, ensalzaban su valiente porte en las curules legislativas, su pluma vigorosa en el famoso "Universo", su heroico comportamiento en el sangriento combate del Cabuyal, en el cual, rodeado de un puñado de héroes, como Leónidas en las Termópilas, tuvo largas horas en jaque á los esbirros de la tiranía. Hasta un poeta de no sé dónde, publicó un largo romance, cantando los heroicos hechos de los derrotados.

Caminaba, pues, hacia la celebridad. Él mismo, cual otro Tartarín, convencióse de su alta misión, creyóse un monstruo de talento y de política; la Providencia, no había duda, quería valerse de su invencible brazo para restaurar la ley y el derecho, conculcados por el Gobierno. Soñó con muy altos empleos y aun con la presidencia misma de la República.

Entre tanto, la amnistía no ofrecía venir y el Doctor se fastidiaba enormemente con el frío y el hambre del páramo. Sus padres le visitaban con frecuencia y trataban de consolarle en su destierro, ú *ostracismo*, como el Doctor se complacía en llamar á la escondida.

El orgulloso ex-diputado llegó, en el torpe camino de su ambición y vanidad, á mirar con solemne desprecio á los autores de sus días; ¡él, tan alabado por los hombres notables del país; él, tan gran político y valeroso guerrero; él, el llamado á grandes destinos, ser hijo de un gamonal y de una chagra! No, no podía avenirse con eso, aunque el gamonal y la chagra habían sudado sangre para educarlo y formarle una posición.

La riqueza y gloria soñadas, tardaban demasiado en llegar, el *ostracismo* le había quitado la poca clientela, los papás, económicos por naturaleza, no le daban sino lo más necesario; pues no comprendían que su Agapito necesitara de mucho dinero para sus planes de grandeza po-

lítica. ¿Cómo encontrar este dinero? ¿Con un matrimonio? La *caballera* rica y bonita deseada por doña Javiera y por él, no tenía vislumbres de asomar. ¿Trabajando? Eso era muy prosaico y de resultados tardíos, y luego, todo un Doctor encargarse de sembrar papas y de cuidar ganado. ¡Nunca! Después de largas dudas y cavilaciones y como una obsesión, le venían á la memoria los infinitos ruegos de su padre para que se casara con Susana, antes de que por su tardanza hubiera huído ésta con Pepe. El asunto era escandaloso y sabido de muchos, pero, por otra parte, el Dr. Ocaña había aumentado desde entónces su riqueza casi en un doble de la primitiva, y toda élla, unos 60.000 sucres, tarde ó temprano debía quedar en manos de la sobrina.

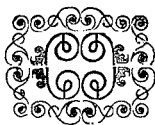
Largos días vaciló entre el temor de la burla pública y el imperioso é irresistible deseo de dinero: al fin éste venció. ¿Qué le importaban las murmuraciones y las burlas, si con ese casamiento conseguía de un golpe el medio de hacer papel? Y luego, no se ve todos los días que el dinero hace desaparecer peores manchas?

Conseguir la muchacha era muy fácil. Hablaría con el cura, y el asunto estaba asegurado. Don Cipriano y doña Javiera se pondrían contentos, y de esa manera las dos fortunas reunidas montaban á una suma muy respetable.

Fácilmente consiguió lo que deseaba; y po-

cos días después, se casaba en San Camilo con la simpática Susana, poniéndose desde entonces en seguro camino de llegar á ser uno de nuestros grandes hombres.

1898.





LAS DELICIAS DEL CAMPO

CAPÍTULO DE UN LIBRO INÉDITO.



Por cierto que el libro sólo existe en potencia, pues aun no escribo ni la primera palabra del prólogo; pero lo escribiré, pues también yo me siento invadido de la fiebre de dar á luz mis impresiones, con el título con que ahora encabezo este trabajillo, ó con el de "Hojas Verdes" ó "Piedras Angulares" ó "Granos de Anís", como hoy se estila en ciertos lugares de esta sacratísima tierra. Pero voy dando un prólogo fastidioso, y debo entrar en materia.

Estaba entónces mi seráfica persona en los veinte años, no sé si floridos ó agostados; pero sí recuerdo que poco ó nada me diferenciaba, en lo moral, de los jovencitos de ogaño. Dormir bien, comer como cuatro, beber cerveza como alemán,

jugar los cuartos que derrepente asomaban en mis bolsillos, hacer campañas amorosas, como ensayos preliminares, con las cholitas simpáticas del barrio: he ahí mi vida, en pocas palabras. Las horas del día, largo, por más señas, como un poema épico, las mataba en compañía de otros amigotes, sentado á la puerta de una botica, que era el club para nosotros, rascándome la cabeza, bostezando, fumando cigarrillos y hablando de caballos y de gallos, de política y de amoríos. Los domingos, la *gallera* rompía la monótona existencia, y las proesas del *giro* ó del *malatova* llenaban de encanto mi fantasía.

¡Oh tiempos aquellos! exclamaré con el poeta, ¡oh vida deleitosa é incomparable, ¡oh pereza bendita! aun os echo de menos en mi celda, sin embargo de que en élla duermo veinte horas diarias! Todavía en esa época no conocíamos los mozos las *neuróticas sensaciones*, ni la *madre nostalgia* nos sobaba los sesos, ni la palabra *bohémio* estaba de moda.

En lo mejor de esta deleitosa vida, en medio de esta calma chicha, asomó, con chilindriñas y recomendaciones, el célebre predicador fray Bustillos, y aquí fué Troya. Los sermones, que por recomendación de mi padre, oí al pico de oro, sobre el fuego del Infierno y los horrores del Juicio, de tal modo me horrorizaron, que de la noche á la mañana desaparecí de la casa paterna y tomé el hábito que ahora llevo,

aunque indigno pecador.

Pero antes de tomar esa resolución suprema, saborié todavía las dichas de la vida. Aun recuerdo con fruición las *tunas de arroz quebrado*, en las cuales el mallorca y el vino dulce nos volvían el seso; aun vienen á mi memoria los compadrazgos con las *chullitas* buenas mozas, cuándo yo ó alguno de mis compañeros apadrinaba una *huahua* de pan; aun hierve la sangre en mis venas, cuando rememoro los paseos á las quintas cercanas, cuando en alegre cabalgata íbamos á atracarnos de duraznos y peras, y á beber fuerte, para entrar por la noche á la ciudad hechos un torbellino.

Escogiendo un episodio particular de ese lapso de tiempo, voy á contar al benévolo lector, lo siguiente:—Nunca, hasta entonces, mis viajes habían pasado más allá de las quintas de los suburbios, y ardía en deseos de pasar una temporada de campo; y cierto día resolví, para satisfacer este deseo, visitar á una familia que en una de mis *tunas* había tratado, la que me invitó muy cordialmente, á comer *tostado de maíz nuevo* y á tomar *chicha dulce*. Como advertencia preliminar: la familia de don Anacleto raras veces salía de la hacienda, lejana por otra parte de la ciudad; y, según fama, las tres chiquillas, hijas de este señor, poseían mil habilidades: cantaban, tocaban la vihuela y eran adorables para un mozo medianamente diestro en achaques de amor.

Por aquel entonces era yo aficionadísimo á Pérez Escrich y á doña María del Pilar Sinués, y la lectura de tan ricas novelas exaltóme la fantasía y deseaba volar al campo; sí, al campo, á gozar de sus poéticas delicias; á embriagarme con las auras cargadas de perfumes; á leer los versos de Ordeñana ó del canónigo Acosta, mis poetas favoritos, [no existían los jóvenes modernistas] cabe el bosque umbrío; á presenciar los juegos de los zagales y los amores de las gallardas zagalas; á apagar mi sed en la fuente que corre por entre mármóreas guijas; á saciar mi hambre con las rojas guindas ó con el fruto de la palmera del desierto, ó el cándido licor secretado por la hinchada ubre de la mujer del toro.

Resuelto el viaje, me ocupé días enteros en buscar un caballo: don Ruperto, que sólo hablaba de caballos y mulas, me proporcionó un jaco, ponderando sus bellas cualidades.

—Cuando Rosita, mi mujer, monta...decíame como argumento concluyente.

Un tío de un primo mío, me prestó la silla *chocontana*, cargada de correas y hebillas, el calzón de montar, de *cuero machacheño* y las espuelas pastusas, que para los inteligentes en la materia, son á las nacionales, lo que el Apolo del Belvedere á un santo de bulto hecho en Quito.

Conseguido, pues, todo lo que necesitaba, cierto día del mes de agosto, y agosto clásico, por lo seco y ventoso, á la hora de misa mayor,

salí de mi casa, luciendo el caballo de don Ruperto y los aperos complicadísimos del tío de mi primo.

¡Ah don Ruperto! ¡ah don Ruperto! aun cuando desde entonces ha pasado mucho tiempo, no le perdono; pues no es justo ni hidalgo querer matar á un inocente amigo, con muerte afrentosa, haciéndole montar eu semejante animal. Sí, el jaco era de un trote endemoniado, lerdo como un burro de treinta años, de boca dura como la mollera de ciertos tipos que yo he confesado, y poseedor de una cualidad más rara todavía, la de entrar, quiera que no el jinete, á todas las casitas del camino, sobre todo á las que servían de tabernas. Cuando el animal se plantaba frente á una de éstas, no había manera de hacerlo andar, ni recurriendo á las espuelas pastusas, y para no quedar allí por siempre jamás, tenía que echar pie á tierra, y sacarlo del diestro. Todas estas maniobras las hacía bajo un sol de fuego, en medio de una nube de polvo, y atravesando la región que, al decir de un extranjero, tiene la particularidad de estar con sol y polvo hasta las doce de la noche. El almuerzo se me quería salir por donde entró, las posas las tenía desolladas, á juzgar por el dolorcillo que sentía en esa parte, las piernas, con tanto espolear, quedaron paralizadas. Pero todo fué palique y juego de niños, comparado con lo que sucedio luego.—Un perro, saliendo de im-

provisio de tras una zanja, espantó al jaco, quien dió una media vuelta, y yo, que de jinete tenía tanto como de rey, di en el suelo, envuelto en poncho, pellón y bufanda, mientras el torpe animal, con un galope corto, y en medio del ruido de estribos y de fierros, dióse á caminar por esos trigos. Temblando perder el caballo y la montura, fui tras él, cargando el pellón, el poncho, enredándome cada diez pasos en las espuelas, gritando desesperado *sho, sho*, hasta que un indio me lo trajo, cuando ya apenas podía moverme.

Volví á montar, y casi destripándole á espolazos, logré que tomara un semi galope, y divisé, por fin, al cabo de un larguísimo callejón de cabuyas y espinos, la tan deseada meta.

Llegué á colmar mis deseos: estaba en el campo. El sol de las cuatro de la tarde, caldeaba los llanos y lomas, áridos y vacíos de sementeras, que rodeaban la hacienda; de trecho en trecho se levantaban trombas de polvo en los campos que labraban algunas parejas de bueyes escuálidos. La vegetación se reducía á unos tortuosos y casi muertos capulíes y algunos molles, que no sé cómo habían crecido entre las zanjas de cabuyas y espinos blancos. He aquí el bosque umbrío para leer los versos de mis poetas queridos; he aquí, por fin, la poética Arcadia ante mis ojos. La casa no era un palacio, ni mucho menos; pues su tejado gris, cu-



Fui tras él... gritando desesperado *¡ah, ah, ah!*... Pag. 56.

bierto de musgos amarillos y las paredes de cangahuas, carcomidas anunciaban un caserón antidiluviano y típico en la región. El patio desigual, cubierto de cerros y valles, ostentaba como adornos, un montón de estiércol, cangahuas á medio labrar, haces de chaguarqueros, estacas para amarrar caballos ó burros, plumas, residuos de las hecatombes de gallinas, trapos viejos, papeles rotos, montoncillos de cenizas y demás restos que sería prolijo enumerar. Tras un tapial medio derruido asomaban las copas de las parvas de cebada y hoja de maíz, llamada por antonomasia *hoja*. Bajo unos enormes espinos blancos sesteaban puercos y gallinas, y á la sombra de un tinglado viejísimo, una yegua lanuda y descrinada, se mosqueaba con su cortísima cola.

El ruido de las colosales espuelas que yo llevaba, hizo rebuznar á un burro pollino, que como el mejor timbre de buen agricultor, tenía don Anacleto atado á la entrada; gritar á un gallipavo que hacía la rueda en el patio, y ladrar en todo el diapason á una jauría de perros, siendo los más porfiados unos lanudos falderillos. Don Anacleto asomó, por fin, á completar el cuadro, sacudiéndose las manos ensangrentadas, pues venía de castrar un burro, operación para la cual era maestro. Dejémosle á don Anacleto llamar con voz estentórea al huasicama para que coja mi caballo, y trataré mientras tanto de

dar á mis lectores una idea de este personaje, en pocos palotes. Edad indefinible; pelo cano y barba idem, manchada de amarillo por el humo de tabaco; estatura alta; algo encorvado; nariz acarnerada, por lo cual le llamaban "el mocho"; ojos dormidos, sombreados por cejas colosales, estrafalarias, monstruosas. En la hacienda vestía perpetuamente poncho *chiricatana*, aun cuando el clima era tórrido; bufanda amarilla de lana; pantalón de bayeta de Guano, azul y deshilada por el uso, y botas amarillas que le iban sobre las rodillas. No he visto botas más remendadas que las de don Anacleto; tanto que sospecho que de la materia de que primitivamente fueron fabricadas, nada quedaba; pero el dueño nunca quiso abandonarlas, pues era regalo de un su hermano, dean de la iglesia de Loja, que, al decir de la familia, era una lumbrera del catolicismo y profundísimo teólogo. El sombrero era otra joya que bien vale la pena de describirse. Sombrero faldón de paja manabita, antidiluviano, forrado en funda de género blanco, manchada por el sudor de la no muy limpia cabeza de su dueño, y por el polvo de la región *del sol de media noche*.

Concluídos los saludos usuales con don Anacleto, y después de contestar sobre la salud de los míos, enumerados prolijamente por mi interlocutor, asomé doña Vicenta, en *traje de casa*, roto y sucio, sobre el cual pasó, sin duda, más

de un cataclismo, pues así lo anunciaban las manchas sospechosas de que estaba lleno.

Trabajosamente, por lo molido que venía y por arrastrar conmigo todo el séquito de zamarros, pellón y compañía, subí del patio al corredor, en el cual entablé una lucha homérica con don Anacleto, que no quería que yo, cansado de llevar tan molestosos trabajos, los abandonara, pues era seguro pescar, allí mismo, una pulmonía ó una fiebre. Entre tanto, doña Vicenta, asida del poncho, no cesaba de gritar:— “Bribón, por fin se dejó ver”. . . . y acompañaba esto con pellizcos á mis hombros y tirones del vestido, todo, eso sí, en señal de cariño y complacencia. No hubo forma de que me soltara, sino cuando de un puntapié brioso, abrió la puerta de la pieza que llamaba sala, gritando: “*Dentre, dentre, bribonazo, pícaro. . . que tanto se ha hecho de rogar para venir á vernos*”. De un empujón hízome sentar en una banca; y ya era tiempo, pues estaba medio estrangulado por mi cariñosa amiga.

Doña Vicenta me dejó solo, saliendo para ordenar que prepararan un *fresco*, y mientras tanto yo examinaba el cuarto que tenía el pomposo nombre de sala. Figuraos, aunque ya talvez habréis visto algo semejante, una habitación larguísima, de paredes blanqueadas con cal y de piso de estera. Techo bajo y ennegrecido por las moscas, del cual colgaban papeles picados, para

que las muy sucias durmieran las noches, y de esta manera poderlas asar á traición por medio de una olla hecha ascua que el *huasicama* iba aplicando á cada uno de los colgajos. Llenas las paredes con cuadros pintados en Quito, representando un Corazón de Jesús con cara de carnero, una gorda Virgen de Agua Santa, un San Francisco renegrado y varios cromos alemanes. En las esquinas y formando pisos sucesivos, las arañas habían formado colonias, en las cuales sin duda gozaban *ad libitum* desde que se edificó la casa. Por muebles tenía la habitación-salón, dos bancones enormes tapizados de zaraza roja, con manchas grasientas en los respaldos, indicio cierto de las siestas de don Anacleto; ocho sillas de madera de capulí, forradas de cuero verde, y dos mesas cojas que sustentaban una urna con el Niño Dios, un candelero viejo con vela de sebo, tinteros empolvados, bulas de la Santa Cruzada, un serrucho y varios otros adornos que ahora no recuerdo. La luz sólo penetraba por la puerta, dejando los ángulos en la penumbra. El ambiente estaba impregnado de olor á humedad y á orines de los innumerables ratones que paseaban con toda libertad en ese, para ellos, enorme territorio.

El sol de la tarde hería de frente el corredor, convirtiéndolo en un horno caldeado; millares de moscas revoloteaban produciendo un zumbido insoportable; el viento levantaba torbellinos

de polvo en el patio, sacudía las ramas casi muertas de un capulí vecino y formaba, con las colas de los gallos y gallinas que picoteaban en la basura, abanicos caprichosos. Los puercos que sesteaban *cabe* la sombra de los cabuyos, gruñían ferozmente agujoneados por el hambre; y bajo un seco *sigse*, un pobre sapo pedía á grito herido una gota de agua. Todo esto formaba un cuadro de maravillosa poesía.

Doña Vicenta pareció trayéndome el prometido fresco, y con élla entraron también las tres chiquillas que, á una, y como si recitaran la misma lección, me lanzaron las frases de costumbre: "Cómo está, cómo ha estado... qué milagro... cómo quedó la familia", etc.

Las muchachas, aunque no unas Venus, eran muy pasaderas. Sobre todo, tenían una gordura muy apetitosa, y luego, la tez morena y los ojos negros, tienen un atractivo que seduce á primera vista. Vestían todas trajes de zaraza blanca, salpicada de bolas negras, y aunque yo apenas podía aguantar la ropa, ellas llevaban pañolones de lana con largos flecos.

—He aquí que una de éstas será mi zagala en estos campos, decía interiormente, y trataba de escoger la mejor. Asunto difícil, pues tenían las tres la misma catadura y la misma manera de ser.

De este *embaras de choise* sacóme doña Vicenta, presentándome el fresco, después de pes-

car en él, con dedos sucios, dos moscas que cayeron, diciendo:

—Tome, hijito, esta *chamburadita* para que se refresque. *La Michi* (una de las chiquillas) *le viene preparando* con sus manos....Pero tomará, tomará.

La *chamburadita* era una mezcla endemoniada, en la cual el aguardiente de caña, formaba la nota dominante por su olor á cuerno quemado y sabor de herrumbre. La *chamburada* podía ser madre del *chinguero* más eficaz.

Apurada la bebida, con no pequeña repugnancia de mi parte, y gran contentamiento de doña Vicenta, apareció don Anacleto, gritando con voz de gallo padre:

—Háganle asentar la bebida para que no le dé pulmonía....Vaya, vaya; este *anisadito* no le hará daño. Aquí, señor mío, no tenemos sino el *anisadito*....pero concluya, concluya.

Después del asentante vino otro, y otro hasta que perdí la cuenta. Al sentarme á la mesa estaba achispado y en condiciones suficientes para declarar mi amor al lucero del alba. *Michita* fué la preferida, y le abrí mi corazón completamente, haciéndole mil promesas de constancia y fidelidad. ¡Oh comida! la tengo presente, sin embargo de la borrachera que en élla pesqué. Sopa de fideos en agua fría, gallina tan dura de tragar, como los versos de no se quién, *ají de cuyes*, el *tostado nuevo* y tortillas de queso y chi-

cha dulce en cantidades inverosímiles. Concluída la comida, y lanzando largos eructos con sabor de cuy, de chicha y anisado, y viendo dos candiles, me imaginé que Michita era un portento, y mi amor llegó á pedirle por favor un abrazo y un besito, que la muy picarona me lo dió á hurtadillas de los papás. No sé hasta dónde hubiera llegado en mi conquista, si la chicha y el anisado que todavía circulaban de vez en cuando, no me lo hubieran impedido. Las palabras se atragantaron en mi garganta, un sudor frío y mortal invadió mi cuerpo; tenía, en una palabra, los mismos síntomas que ya conocí, dolorosamente por cierto, cuando fumé mi primer cigarro. Y sucedió lo que siempre sucede, cuando el estómago rechaza sabiamente las porquerías que, á nombre de bebidas, le propinamos: dejé en las faldas de Michita, en las cuales me había reclinado, alguna cosa que no debía oler á ámbar, pues oí, antes de caer como muerto, que se levantaba, dejándome en la banca, y murmurando:

—Me acabó... me acabó... Ave María Santísimo... *atatay!*....

Cuando desperté, calculo que sería la media noche; encontréme en una cama dura, durísima. No tenía conciencia de lo que habían hecho conmigo; pues borrachera parecida nunca me he metido ni en el convento, cuando la elección de Prior. Después me fué imposible dormir: mi-

llares de pulgas se habían dado cita en mi cuerpo, y lo acribillaban furiosamente. Las de los hoteles de Latacunga y Ambato son mansísimas palomas, en comparación con las de la hacienda de don Anacleto. Luego los humos de la embriaguez, el sabor del cuy y la chicha que me atosigaban, los ronquidos de don Anacleto prodigiosos por la intensidad... los ruidos como de descargas lejanas, que salían del sitio donde dormía una *longa criada*, trayéndome, no olores de pólvora, sino de demonios; el ladrido de un falderillo en la puerta del cuarto, penetrante como hoja de cuchillo, los rebuznos de una docena de burros, hambrientos ó rijosos: todo, todo, formaba una colección de espléndidas armonías, propias para matar el sueño de cualquiera que no fuese don Anacleto.

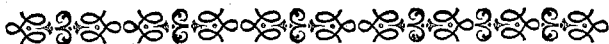
Una noche pasé en esa hacienda: la madrugada me encontró ya sobre el famoso jaco de don Ruperto, camino de mi casita. Ni ofertas de don Anacleto, ni protestas de doña Vicenta, ni miradas tiernas de la Michita, fueran bastantes para contenerme.

¡Oh delicias de la vida campestre! ¡Oh Fray Luis de León, que las cantasteis! venid á la tierra donde el sol dura hasta las doce de la noche, donde el viento, en vez de agitar dulcemente las copas de los árboles, levanta nubes de polvo en los campos sedientos; venid, y hallaréis *longas* sucias y pastorcillos estúpidos y

zafios; venid, y veréis llegar por la tarde, parejas de bueyes escuálidos, arreados por un indio roto, á abrebar en las verdosas aguas de una charca, donde hierven los renacuajos; venid, y encontraréis un don Anacleto que castra burros y habla sólo de caballos y puercos; venid leeréis versos de Lautaro Velasco ó de Ordeñana ó de los poetas jóvenes de Guayaquil. Venid al campo á saborear las dulzuras del *chaguarmishqui* ó del aguardiente con olor á chivo viejo; á comer tostado de maíz ó tortillas, hasta reventar. Venid, os digo, poetas románticos y modernistas, á cantar tanto de bueno ó de poético; venid á contemplar la puesta del sol en un celaje pulverulento y tristísimo; venid á meditar vuestros versos *cabe* las zanjas de espinos y cabuyas, acompañados de las amarillentas lagartijas; venid á gozar la frescura de las auras en un llano recién labrado y con un sol de cuarenta grados; venid, pues, queridos poetas, quizá así no molestaréis á la humanidad doliente con el canto ronco de vuestras liras.

Por mí se decir, que el día pasado en compañía de don Anacleto, y gozando las delicias arriba descritas, bastó para curarme de ese mal llamado *hambre de campo*; y quién sabe si también, para que la vocación frailesca se acentuara de tal manera, que poco después tomara el hábito en una orden mendicante.

1899.



CAPITULO VI.

DE "MIS MEMORIAS"

DE COMO ME HICE REVOLUCIONARIO



En aquella época, decíamos que el Gobierno era muy malo, y así debía serlo; pues, duraba ya un año. ¡Un año!, son doce larguísimos meses de ayuno para los que estábamos cesantes; doce meses de ansiedad, de esperanzas fallidas, de ideales reducidos á polvo! Alguien preguntará cuál era aquel gobierno. . . . No lo digo, y dejo que mis lectores, si los tengo, cavi-

len sobre este embolismo histórico, y sigo con la de mi vida.

Poco á poco, y sin saber cómo, me encontré el día menos pensado, con un instinto nuevo: el instinto revolucionario, facultad muy común entre mis compatriotas. Dime á razonar sobre los deberes del ciudadano, sobre los derechos de la colectividad y puse en mi ardiente cacumen, una montaña de sandeces y un oceano de disparates.

Don Prudencio Mosquera, una de las lumbres de mi pueblo, peroraba á diario en el cuchitril que bautizamos con el pomposo y revolucionario nombre de "Club de los Patriotas"; tenducha oscura, con anaqueles, los que, á falta de libros, mostraban competente botellería de licores. Algo como una docena y media de mozos, escuchábamos á nuestro oráculo, sin faltar jamás á las lecciones, pues nunca hubo constancia igual á la nuestra, ni aplicación más digna de alabanza. Entre copa y copa, entre *un solo deoros* y un *codillo*, resolvíamos ex cátedra, los más arduos problemas políticos y financieros.

Don Prudencio era infaltable, ya lo hemos dicho; y, ¿cómo iba á faltar á la reunión diaria, siendo él, fuego sagrado, y jefe nato de la juventud patriota? ¿cómo iba á faltar el mártir de todos los gobiernos, según lo decía, el hombre de las circunstancias, llamado por Dios y la Patria á tan grandes destinos?

Con elocuencia ciceroniana nos pintaba un cuadro negro: la República al borde de un abismo, las libertades públicas conculcadas, la Religión santa de nuestros mayores, amenazada de muerte por la infame masonería, las rentas en bancarrota; y lo que era más doloroso aún, los empleos en manos inhábiles ó corrompidas.

Nuestra indignación crecía hasta las estrellas, y el entusiasmo lo templábamos con sendas libaciones de *exquisito champagne*, como decían los periodistas de entonces.

Antes de acudir al extremo de la revolución armada, resolvimos *ilustrar la opinión pública*, y desenmascarar á los enemigos del pueblo, por medio de la prensa, *admirable invento del Gutemberg*, como decía don Prudencio. En la discusión del nombre del futuro órgano de la oposición, empleamos ocho días y cien botellas de cerveza y anisado, quedando el neófito bautizado con el de "Redención Nacional"; pues redentora será la revolución, decía sentenciosamente don Prudencio.

Después de sudar tinta y dejar limpios nuestros ya escasos bolsillos, salió el primer número; y como le auguramos larga vida, nos preocupamos de poner: Año I, Tomo I. El prospecto ocupaba medio número; allí, como de costumbre, se hablaba de la Revolución francesa, del sapientísimo Vicario de Cristo, de los héroes del 10 de agosto etc. etc. Ofrecíamoe nuestra hu-

milde cooperación para salvar la libertad y religión, amenazadas de muerte por la peor de las tiranías. Al prospecto seguía un artículo de *fondo* con el título de "La situación" en el que se ponía de oro y azul al Gobierno.

Uno de los redactores que pulsaba la lira á la manera de José M. Lautaro Velasco, principió á publicar una serie de sonetos sobre las bellezas de la Religión. En fin, una crónica bien nutrida concluía el número, comunicando á los ávidos lectores, el abuso de un teniente político, el mal estado de las calles; el anuncio de un triduo en la iglesia principal, y la rotura de un farol. Antes del pie de imprenta estaba la lista de los agentes en provincias, las condiciones de suscripción y el aviso de que se canjeaba con periódicos nacionales y extranjeros. Pasamos circulares á los escritores de más nota pidiendo su valiosa cooperación. Rañón, Proaño [Daniel] y otros insignes prosadores, nos la ofrecieron entusiastas.

Desgraciadamente nadie compraba el periódico, y tuvimos que regalarlo para tener la satisfacción de que alguien nos leyera. No recuerdo si salió el segundo número; pero sí, que andábamos muy orondos por haber afrontado las iras del tirano. Don Prudencio muy entristecido repetía: "Dios mío, no hay afición á la literatura, y el espíritu público está muerto; hay que levantarlo aunque sea sacrificándonos." El tirano,

es decir el gobierno, no embestía ni por esas y otras exclamaciones heroicas, por lo cual, cansados de provocarlo, resolvimos apelar á la revolución. "El más sagrado de los derechos de los pueblos oprimidos" según nuestro oráculo.

En el Ecuador, y creo que lo mismo sucede entre nuestros vecinos, hacer una revolución es más fácil que hacer un plato de loco.

Principiamos á buscar armas; artículo éste indispensable para el asunto, pues con sólo varoniles pechos no caen las tiranías; y la que queríamos derrocar, no era seguramente de mazapán, sino de algo más fuerte; pues tenía algunos millares de cholos armados á la última moda, Muchas carreras y sudores costaron los cincuenta fusiles y los seiscientos tiros que conseguimos: aquellos de todos los sistemas imaginables, pues había desde el trabuco naranjero y el canillón manejados talvez por los de la *patria boba*, hasta el Rémigton y el Winchester modernos.

Algunos de los conjurados hicieron viaje á las provincias vecinas, llevando el fuego revolucionario, y otros buscaban dinero; porque siempre don Prudencio citaba el dicho de Montecuculi, de que para la guerra, se necesitaban tres cosas: dinero, dinero y dinero. No había duda de que nuestro jefe tenía razón; pero éstos tres elementos andaban muy escasos, y á duras penas reunimos una caja, con dos centenares de pesos. Los agricultores, comerciantes y banqueros no son

patriotas, y les importa una higa que las libertades estén conculcadas ó la Religión amenazada. Los patriotas son pobres y nunca cuentan ni con una docena de pesos para defender sus ideales. Ejemplo éramos los conjurados de entonces, pues entre todos no podíamos reunir lo necesario para un día de campaña. Don Prudencio no perdió ripio para decir que el patriotismo sólo latía en contados corazones, y que el egoismo hacía presa en la infeliz república del Sagrado Corazón.

Para ser un perfecto revolucionario es preciso vestirse como tal. El traje debe estar en relación con las caras feroces y patibularias que es indispensable adoptar en el oficio, aun cuando Dios nos haya dado á muchos, caras bonachonas. Larguísimos ponchos de bayeta, botas rodilleras, sombreros de paja, de copa cónica y de grandes faldas rodeados de ancha cinta verde con lemas "Libertad ó muerte" Viva la Religión" "Ni pido ni doy cuartel" y otros más extravagantes: he ahí la indumentaria.

Resuelto el golpe, cierta noche salimos de la ciudad á paso de lobo treinta y tantos revolucionarios, unos á caballo, á pie los más. El prólogo de nuestras hazañas fué conseguir *acémilas*, (palabra de don Prudencio), para que montara toda la gente. Nada más fácil: en las goteras del pueblo había una hacienda de un enemigo de la causa, y al enemigo había ne-



Para ser un perfecto revolucionario
es preciso vestirse como tal.— Pag. 72.

cesidad de castigarle de alguna manera. Caímos pues, heroicamente, como una avalancha en el patio, lanzando vivas y *ajos* rasgadísimos, y después de apalear al indio *guasicama*, tomamos diez caballos y un burro pollino, famoso en todo ese contorno. En otra hacienda, hicimos lo mismo, y á la madrugada todos estábamos á caballo, y resueltos á tomar un pueblo cercano. Con suma cautela y con todas las reglas de la más alta estragia, rodeamos la población. Por desgracia, no pudo lucir don Cipriano, convertido en general, sus dotes de táctico; pues no había un solo enemigo armado en el pueblo, y el teniente político, á quien pensábamos apresar, burlóse de nuestras iras, arrojándose á unas hondas simas. Hechos dueños del pueblo, sin derramamiento de una sola gota de sangre, debíamos, según don Prudencio, convertirlo en las Termópilas, y desafiar desde allí como Leónidas y sus trescientos espartanos, la acometida del Gobierno.

Revolución sin pronunciamiento, no es una cosa completa. Para realizar este aforismo, se escribió una acta en estilo muy elevado, desconociendo al Gobierno y ofreciendo morir todos con las armas en la mano, defendiendo la libertad dejada por los héroes del 10 de agosto, la religión de nuestros mayores y las instituciones republicanas, vilmente, *conculcadas por la tiranía*. Firmamos todos los del ejército, y algunos

chagras del pueblo, que sabían estampar su nombre. Circuló también, una valiente proclama de nuestro Jefe, la que concluía con el simbólico "Alea jacta est".

"Vuestro Gral. y amigo
Prudencio de la Mosquera",

"*De la*" era muy necesario para un Jefe de campanillas, pues Mosquera, á secas, es vulgar.

Poco á poco, aumentose nuestra gente hasta pasar de ciento.

Fruto de las largas, meditaciones de nuestro general, fué la organización que se dió á los cuatro batallones en que se dividió la fuerza. Se les bautizó con los nombres: "García Moreno", "Vengadores de la Patria", "Leopardos de los Andes" y "Escuadrón católico". Por desgracia, no había soldados; todos éramos Jefes y oficiales. Un cholo artesano, escapado de la cárcel en donde purgaba no sé que tarquinada, era el único sargento. Teníamos, eso sí. Estado mayor general, comisario de guerra, auditor: y un ex-seminarista, era capellán castrense.

La guerra vive de la guerra, decía el siempre sentencioso general. Siguiendo á la letra este sapientísimo principio, no quedó en toda la parroquia, gallo ni gallina, pavo, pava, cuy, burro, caballo, ni ningna otra acémila, ni monturas, albardas, y *garabatos*. Todo fué requisado para el ejército. Estas medidas eran necesarias para la

buena marcha de la administración militar, la que debía conducir al fin los pueblos, á gozar de ventura idilíaca, de libertad plena y de perfectos derechos. Las cholitas buenas mozas contribuían también, según sus facultades, á entrete-ner los ocios de los oficiales, y hacerles más llevadera la azarosa vida de campaña. Don Prudencio, eximio catador de aguardiente, encontró que el que había en el pueblo era bueno. Después de tal informe, el consumo del puro fué estupendo.

“Es pues preciso hacer las cosas bien hechas ó no hacerlas”, díjonos un día don Prudencio, á los del Estado mayor: “ hoy por hoy, este pueblo es el centro de la República, pues la libertad, perseguida de muerte en todo el país, en él ha encontrado refugio. Debemos ser grandes en todo y políticos diestros, por lo cual propongo á Uds., valerosos mancebos, declarar á la faz del mundo, que este pueblo no es pueblo, sino ciudad, y ciudad libre y anseática, algo como Hamburgo. Vosotros comprendereis, valerosos conmitones é ínclitos jóvenes, que un paso de esta naturaleza nos traerá grandísimos beneficios, y nos granjeará la admiración de la posteridad.”

Excelente nos pareció la idea, y procedimos á la organización del Gobierno de la anseática ciudad.

El maestro de escuela, por ser muy adicto á

la causa y porque sabía leer y escribir medianamente, fué elegido gobernador ó *burgomaestre*. No sé dónde, desenterró una prenda, mitad casa-ca, mitad chaqueta, con faldones que apenas le tapaban las grandes posas, impropias de un elevado personaje. Un pantalón ceñido á las piernas y que no llegaba á los descuajeringados zapatos, y un sombrero de copa abollado y sin pelos, completaban la vestimenta del prócer. Con la seriedad y etiqueta que le daba la conciencia de su elevadísimo cargo, y acompañado del ejército y pueblo, dirigióse á la destartalada iglesia, ya convertida en Catedral, á prestar el juramento de ley en manos del cura, zafio mulato, convertido en Obispo por la omnipotente voluntad de don Prudencio. La ceremonia resultó sencilla, á la par que grandiosa. El órgano y los cuatro instrumentos de la banda del pueblo, armonizaron el acto. Una casita de la plaza convirtióse en Hotel de Ville, y el nuevo gobierno establecióse en profunda paz, sin protesta de nadie, único y hermoso ejemplo en los fastos de la Patria Historia.

Después de las labores benéficas de la paz, venían las de la guerra. Nuestro ilustre jefe ya había admirado al país como insigne político y administrador; faltaba que mostrara las indudables dotes militares con que le dotó naturaleza.

Una tarde, no la olvidaré nunca, en medio de una nube de polvo, entró uno de nuestros



¿dónde, por dónde?... y ahora ¿qué hacemos?... Pag. 77.

valientes oficiales, al arranque tendido, gritando con vos tremula: "ya viene el enemigo!"

Don Prudencio, que en ese rato olvidaba sus arduos problemas, catando un *aguado*, salió de la casa consistorial, no diré despavorido, pero sí emocionado, gritando: "Por dónde, por dónde....y ahora qué hacemos?.... Hay que señalar la retirada.... Véarlo á Gómez que ordene desplegarse á la prusiana."—Y el vaso de *aguado* temblaba en su mano, pues no quiso ó no pudo dejarlo....Y después, hombres que corren á caballo, mujeres que gritan, algún puerco que ese rato chilla hambriento en la pocilga, un pavo que se ríe á carcajadas, y palidez en todos los soldados de la causa. Nuestro ejército se desplegó como Dios le dió á entender: cada soldado buscaba una zanja, un árbol, una piedra, pues no era cosa de niños hacer frente á los quinientos cholos que se nos venían encima.

Pum, pum, pum, descargas cerradas de allá, tiros sueltos de acá; tres heridos, un muerto, y nuestro ejército se declaró en derrota, con todas las reglas de la más sabia táctica. ¡Así se pierden los imperios!

La más bella creación de nuestro jefe, se fué al demonio; el burgomaestre fué apaleado por el antiguo teniente político, y puesto en cepo de campaña. El obispo arrojó su flamante mitra y fugó á un páramo; la Catedral quedó en iglesia parroquial y el Hotel de Ville cambió de

destino, pues se puso un rótulo con azul de ultramar que decía:

“Benta de anisado y mayorca á toda hora.”

No se crea que este primer fracaso mató la revolución; porque es algo como el gato, del cual dicen que tiene siete vidas. Después de algunos días estábamos reunidos casi todos, en otro pueblo de la cordillera, con menos esperanzas talvez, pero con el mismo *entusiasmo*. Luego, todos éramos hechos de barro de héroes! ¡Nos gustaban tanto las peripecias de la vida de campaña! es tan rica cosa ser coronel, comandante ó mayor, siquiera de mentirijillas! ¡es tñ satisfactorio oír llamarse por las cholas “señor *melitar*”, ó lanzarse al merodeo y echando ajos, quitar el burro al indio, ó la mula al chagra!

Don Prudencio, así como le pasó el susto de la derrota, publicó una proclama en la que Napoleón y Bolívar eran citados repetidas veces; hablaba de no sé qué esbirros y eunucos, de que la longaminidad es la virtud de los heroes, que se derramaría torrentes de sangre para purificar el país, que el cadalso debía ir del Carachi al Macará, extinguiendo á los enemigos de la Patria, y terminaba con el consabido.

“Vuestro General y amigo”

En esos días recibimos muy alhagüeñas noticias del Norte, las que aumentaron el entusiasmo de nuestra valerosa división. Las víctimas

de la tiranía, expatriadas allende el Carchi, invadieron la frontera con una expedición compuesta en su mayor parte de colombianos del sur, patriotas universales que combaten por todas las causas, mediante el módico estipendio de cinco pesos. Allí hubo también combates, proclamas y entusiasmo. El jefe de la invasión, era un antiguo gobernador de provincia, que firmaba también sus proclamas, anteponiendo "Vuestro Gral. y amigo".

Con la cooperación del norte, era fácil echar al suelo la tiranía. Pero, ¿á qué voy á alargarme contando las mil peripecias de la revolución? ¿á qué, las barbaridades y atropellos que se cometieron en esa época? ¿á qué rememorar las proclamas, discursos, sermones, que se escribieron ó dijeron entonces, compuesto, eso sí todo, con una cursilería estupenda? ¿á qué viene el recordar el aluvión prodijioso de mentiras que circularon por todo el país? Hago pues, alto de toda aquella hojarazca, y referiré que unidas las dos divisiones derrotamos al Gobierno en las cercanías de la capital.

La entrada del ejército vencedor fué solemne: arcos, cohetes, entusiasmo, coronas que nos arrojaban de las ventanas. Unas entusiastas matronas octogenarias, mandaron á don Prudencio una muñeca que en una mano llevaba una corona de laurel, y en la otra una tarjeta, en la que, en letras de oro se leía: "Las víctimas de la

tiranía te saludan ¡oh ínclito capitán!" En la Catedral se cantó un solemne Te Deum y hubo misa de acción de gracias, la que concluyó con un panegírico pronunciado por un discreto orador sagrado, en el cual llamaba Holofernes al presidente caído, Judas Macabeo á nuestro don Prudencio, Molke ecuatoriano al jefe de la expedición del norte y modernos cruzados á los oficiales y soldados. La peroración fué sublime: llamó úno por úno á los muertos en los combates, conminó con la condenación eterna á los defensores del ya caído gobierno. Muchas lágrimas corrían por los tostados rostros de los guerreros, cuando finalizó la fiesta. Era de verse las caras patibularias y feroces de los triunfadores; ostentábamos ropas desgarradas y sucias, sombreros hundidos, cabellos y barbas enmarañados, hasta hubo algún que en las goteras de la ciudad, sacóse las buenas botas de montar, y cubrió sus pies con viejas alpargatas.

Las *chullalevas* buenas mozas hicieron su agosto, pues más de uno de los redentores dobló la cabeza al yugo matrimonial.

Establecióse un Gobierno provisional, el que cuidó de uniformar á las tropas, ya bastante numerosas; pues muchos *valerosos mancebos* que no habían olido pólvora en los combates, se dieron de alta. ¡Día de gloria inolvidable aquel en que salimos á la calle, luciendo el marcial uniforme cubierto de dorados y botonaduras, y arrastran-

do por vez primera grandes chafarrotos, lo que en verdad nos causaba sumo embarazo en la andadura. Los fotógrafos no se alcanzaban trabajando todo el día. Todos queríamos hacernos retratar, y al hacerlo, adoptábamos posturas bélicas: quien apuntando un cañón, que recién lo conocía; quien lanzándose á la bayoneta, quien defendiéndose á culatazos, de un enemigo invisible, quien, en fin, examinando un plano, con aire profundamente preocupado. Las dedicatorias se adaptaban á los retratos: "A mi adorada mamá, recuerdo del inmortal tres de febrero" "Cuando veas este retrato recuerda las penalidades de la heroica campaña" "Cuando el inmortal combate, pensaba en tí" etc.

La prensa, *admirable invento del Gutemberg*o amordazada durante la tiranía, hizo una verdadera explosión. Nunca, desde que el célebre maguntino la inventó, se ha escrito más periódicos cursis ni de vida tan corta. Después de manejar las armas, todos se creyeron hábiles para la pluma, y así salió aquello. Poetas asomaron por los cuatro puntos cardinales, y pulsaron hasta no poder más con el cuerpo, las roncadas liradas. Los músicos se dieron á componer valsos, paso dobles con aires de yaravíes, bautizándolos con "Viva Mosquera" "Cinta verde" "3 de febrero. Había pan "Mosquera", sombrero "Mosquera," chicha "Redención nacional". Hasta una callejuela que bordeaba una de las olorosas que-

bradas de la capital, fué bautizada con el nombre de "Calle del ejército reivindicador".

La popularidad de don Prudencio de la Mosquera, era enorme. Muy poquito faltó para que lo hicieran Presidente; pero sí, le nombraron Ministro de no sé qué. Todos los jefes de alta graduación, quedaron gozando de su grado, pero sólo en el nombre, pues no pudieron emplearnos á todos los redentores que habíamos expuesto el pellejo para derrocar la tiranía Nro. 28. Este desaire nos sulfuró, y desde ese día principiamos á conspirar para echar abajo la tiranía 29, y colocar la Nro. 30

Piura 1902.





LOS NOMBRES

Disertación escrita para una Academia.

Ha sido una desgracia para mí, el haber nacido ahora treinta y tantos años, época muy atrasada en todo: en patriotismo, en política, en costumbres, y más aún en la elección de nombres propios. Pocas personas estaban entónces al corriente de la moda, y mis padres no deben haber sido de ese número, por lo que me pusieron el sencillo y vulgar nombre que ahora llevo.

Llamarse Pedro, Juan ó Manuel es una fatalidad; de individuos que llevan estos nombres, no hay que esperar sino vulgares dotes intelectuales y plebeyas miras. Petrona, Mariana ó

Ramona, son nombres atroces, impropios de las chicas bien nacidas y hermosas.

Ahora, felizmente, para el buen nombre de la Nación, lustre de las familias y alto honor de los individuos, la cosa ha cambiado ventajosamente, y aun creo que el Ecuador es el país más adelantado en *nombres*, si hacemos excepción del sur de Colombia, que con sus Hermógenes, Plutarcos, Parménides y otros mil, ha llegado á la absoluta é inimitable perfección.

Nuestro progreso ha sido lento; la moda ha ido paso á paso ganando terreno. Nuestros abuelos de ahora sesenta años, se llamaban José, Pablo, Cipriano, y las mujeres Dolores, María, Encarnación. Después de algunos años, la lectura de novelas francesas, hizo asomar algún Eduardo, un raro Alfredo, ó Jorge ó Enrique, entre la llamada aristocracia; ahora son pasados de moda, y bautizan con estos nombres, hasta los indios á sus *longuitos*.

Los nombres bíblicos que hoy privan, eran desconocidos ó poco menos; yo no sé que ninguna abuela de guardainfante y crinolina, se haya llamado Judit, Débora, ni Raquel ó *Racael*, como he oído pronunciar á no sé quién; ni tampoco que hayan usado los diminutivos italianos Marietta, Julietta, Antonietta, etc. etc. que hoy son muy buscados.

Atrévase un valiente á ir donde un papá ó una mamá, á indicar para el recién nacido un nombre

vulgar, v. g. Cipriano ó Lucas, si es hombre, y Manuela ó Roberta si es mujer. . . . los padres serían capaces de enojarse y echar á mala parte al comedido. Pero indíqueseles, y conozco persona que tiene esta comisión, los de Aristides, Oliverio, ó Bohanerges, ó Mélicas, Argentinas ó Peregrinas, y se les tendrá contentísimos á los felices padres. Raúl, si viene acompañado de Napoleón, ó Artagerjes, es muy buscado. Edgardo, Osvaldo, Otto, son preciosos, según dicen.

La ciencia de los nombres, el *chic*, consiste en la buena combinación armónica, y en amontonar sobre el recién bautizado, seis y á veces ocho nombres, imitando en esto á las familias reinantes en Europa. No es raro encontrar hasta en los cholitos, nombres pomposos y altamente poéticos. Por ahí conozco á un tabernero que puso á su mocoso los nombres: Huáscar Eloy Rayo Vespasiano de las Mercedes. Otro chagra, terciario, hizo poner al suyo: Jesús José María de la Santísima Trinidad, y un maestro de escuela, medio *leído*, puso á su cliquitín: Héctor Voltaire Juvenal del Carmen Oña.

Hay nombres hechos ya en molde. Los José van con María, Miguel ó Rafael; Luis con Antonio son casados inseparables, y los Miguel con Ángel son de rigor. Los Víctor nunca van solos, son pegados á Manuel; menos en un ahijado mío, á quien el cura no quiso ponerle ese nombre, diciendo que era el de un perseguidor

de la Iglesia, y quedó en Víctor Samuel. (Histórico).

El bello sexo es más privilegiado: á más de los ya citados, hay nombres ingleses, franceses, alemanes, suecos: como Emma, Haydé, Orfa, Belarmina, y otros que hoy no recuerdo. Conozco una mulatita que se llama Rosa Blanca Peregrina del Pardo y Montero. Otra, que de mujer tiene sólo el nombre, es Ada Clorinda Ester María de los Ángeles....Saá.

Estamos por creer que los temores anunciados por nuestro señor Arzobispo, el año de 1895, se van cumpliendo. El Pastor anunciaba en ese célebre documento, que la herejía iba á abolir los nombres de nuestros santos patronos, y á sustituirlos con los nombres de Primavera, Otoño, Verano é Invierno. Nosotros creemos humildemente, que esto irá más lejos en este siglo de desgracia, y se pondrán nombres de los cerros, como Chimborazo, Cotopaxi; ó de los animales inmundos; y lo que es peor todavía, los antiguos y poco usados de Lucas, Mariano y Tomás.

Dios nos libre de desgracia tanta. Amén.





VERSOS

(CAPÍTULO DE MIS MEMORIAS)



Nadie lo creerá; pero es verdad que yo, Fray Colás, hice versos antes de dedicarme á los graves estudios hermenéuticos y dogmáticos.

Sí, querido lector, en mis juveniles años me creí inspirado. Apolo y las Musas me invitaban cariñosamente á subir la agria cuesta del Parnaso, y yo correspondía á tan buenos deseos, haciendo pinitos apoyado en la lira.

Por desgracia, no tenía aspecto de poeta, y esto me apenaba un tanto. "Los poetas, decíame yo, deben ser pálidos, de ojos hundidos y luengos cabellos; deben andar distraídos, comer

poco; en fin, ser algo inmateriales." Yo, por el contrario, era un mocetón como un toro, bastante despabilado, y comía más que indio mayoral en cocina de patrón rico y generoso. Si algo tenía de poeta, era el bolsillo, siempre escueto é inmaterial; pues los reales venían muy rara vez á ensuciarlo. Consolábame con el vulgar dicharacho: "el hábito no hace al monje" y sin más, principié la ardua ascensión, más fatigosa que la que realicé años después al Tunurahua.

Leí muchos modelos. Los poetas clásicos españoles me gustaban bastante; poco, los del siglo diecinueve, á excepción de Camprodón, que me deleitaba. De los nuestros, lo confieso con rubor, no me gustaban Olmedo, ni Llona, ni Crespo Torral, ni muchos otros de fama; privábame por el dulce Molestina, á quien dediqué una composición, por el valiente Velasco, Lautaro, el sensible y melodioso Gallegos Naranjo y otros mil, que habían roto las trabas del arte y se habían lanzado en alas de su inspiración á las regiones del genio. Llenéme la cabeza de términos técnicos, pues el lenguaje poético requiere muchos nombres que no se usan en la vida corriente. El mar, por ejemplo, es *ponto*, el viento *aquilón*, el agua *linfa*, y así otros.

Dos géneros poéticos eran los predilectos para mí: el erótico y el bucólico. No tenía una Clori, ni una Silvia, ni otra de nombres seme-

jantes y usuales en poesía, á quien dedicar mis ansias, por lo cual dime de enamorado de una mi vecina, *sobrina* del cura de mi parroquia, y á élla dirigí, lleno de entusiasmo y fogosidad, estrofas de fuego, plagadas de *fríos sepulcros*, *amargo llanto*, que aconsonantaba con *negro manto*. *Dura suerte*; iba con *bienhechora muerte*; y había *fúnebre ciprés*, y lágrimas á ríos, y *punñales*, y *corazones* y horrores: un cementerio. Luego hablaba de las perfecciones corporales de mi Filis. Los ojos, aunque no muy sanos, eran *dos estrellas*, que me guiaban en la *oscuridad* de mi vida; los labios, gruesos, eran *coralinos*, que aconsonantaban, precisaménte, con dientes *crystalinos*. El pie, era *breve*, y el cutis, cual *la nieve*. Las caderas formaban en el original un solo todo con el pecho, amplio y desarrollado más de lo regular, y, sinembargo, era una *flexible palma*, á lo que seguía *ladrona de mi calma*. En fin, la sobrina del cura reunía muchas y varias perfecciones, que nunca, por desgracia, me tocaron en suerte; pues á poco un militar, menos poético y más práctico, cargó con élla, y se fué yo no sé á dónde.

En aquella época, algunos jóvenes aficionados á quemar incienso á las musas, y tan inspirados como yo, diéronse el lujo de fundar un periodiquito, bautizado con el nombre "La Azucena". En él *debuté* para el público con una inspirada composición "La tarde en el campo."

No tengo, por desgracia, ni el periódico ni el borrador de mi poesía; pero recuerdo que hablaba del *álmo sol* escondiéndose tras los *empinados montes*, dorando *extensos horizontes*; y que las nubes *eran de carmín y grana*, y escuchaba de *la aldea la campana*, y después amontonaba dislates mil, como suelen hacerlo aún muchos de los que campean en la Antología Ecuatoriana. Por allí había muchas *parleras avecillas*, *humo de las humildes cabañas*, balidos de *blancas ovejas*, *arroyuelos cristalinos*, sencillos é inocentes *pastorcillos*, [pues aun no los había visto retozar con las pastoras]; y mil otras frases y epítetos obligados en estos casos.

A fines de mayo, acostumbrábamos los bardos publicar un tomito de versos á la Virgen; también yo colaboré en tan popular obrita. Hablar del *florido mayo* era de rigor, aun cuando este mes sea el más escaso de flores; pero flores había que decir, y luego que el huracán las tronchaba, y que *mayo volaba veloz*, y que las escarchas de las pasiones mataban las rosas de los valles y los lirios de las praderas. Aunque no conocía otro mar que la *cocha* verdosa de mi hacienda, hablaba del *negro y encrespado ponto*, del *diestro nauta*, del *débil esquife*, que se estrellaba contra los *agudos escollos*, etc.

Durante un año fatigué la prensa de mi pueblo; algunos periódicos de las provincias vecinas, honraronme publicando mis versos. Saboreé las

felicitaciones de mis amigos; alguien dijo que yo era una verdadera esperanza de la literatura patria, y todo un personaje, muy parecido al actual Jaime Puig y Verdaguer, se tomó el trabajo de criticar mis versos. Estaba pues, camino de la cumbre del Parnaso, bebiendo en la fuente de Helicon. En mi acalorada fantasía, veíame figurando en la república de las letras, impresas mis composiciones en las Antologías, y codeándome con poetas tan inspirados como yo.

Desgraciadamente, mi genio quedó aplastado en agrás. El *torpe materialismo* de este siglo *venal y corrompido*, la *miserable lucha por la vida*, la falta de estímulo y la *envidia*, mataron mi inspiración. Y héteme aquí, en vez de ser lumbrera de la patria de Olmedo, sólo soy un fraile ramplón, de misa y olla.

PIURA 1902





EL BAILE.

Es cosa resuelta: no volveré á bailar. Esta irrevocable resolución, obedece á dos causas; primera, mis piernas, antes tan ágiles, hoy, merced al clima de la Costa, están inútiles; y segunda, por que he caído en la cuenta, después de mucho pensar y cavilar, de que el *beile*, como decía una amiga mía, es una propiedad, adquisición ó llámese como se llamare, muy difícil de conseguir en este pícaro mundo. Y con todo, después de tantos aspavientos, yo he bailado, y hubo época en la que á falta de mujeril pareja, hice cabriolas hasta con una silleta, una escoba, ó con una vieja de dientes salientes como colmillos de jabalí. Pero siempre bailé mal, muy mal, y mi entusiasmo de bailarín no suplió nunca á mi carencia de reglas. *Pero*, y va de pe-

ros, me consuelo de mi falta de genio para el arte, pues dijo no sé quién, que el baile es habilidad de necios, por lo cual, si el aforismo es verdadero, debo ser un hombre de gran talento, viéndose en esta circunstancia la ley de las compensaciones.

Otro aforismo. En sociedad, más vale un buen bailarín que un buen pensador; ó también, baila bien y piensa en . . . nada. La experiencia ha sancionado superabundantemente los axiomas dichos. ¿Quién es el rey de un salón? pues fulanito, que baila admirablemente todos los pasos imaginables. Baila valse, polca, mazurca, shotis, cuadrillas y hasta el cotillón, única ciencia que trajo de Europa, porque consideró que el cotillón es el non plus ultra del progreso moderno. Fulanito se lleva las miradas de todas las mujeres, elige la mejor muchacha para pareja, estrecha los mejores talles, vé perfecciones que hacen agua la boca, y en diez minutos, conquista más simpatías, que ciudades conquistó Alejandro Magno en diez años. Don Zutano, sabio por los cuatro costados, político como Bismark, no sabe bailar; y nadie entre el bello sexo, le hace caso, á no ser una mamá jubilada, ó una fea que asegura detestar el baile.

Los que no saben bailar, se consuelan diciendo que éste, analizado á sangre fría, es cosa muy ridícula. Puede ser que tengan alguna razón, y trataré de describir, para ilustrar la controversia,

algunos cuadritos.

Supongámos que un viajero de la Luna, de Marte, de las Batuecas ó de cualquier otro lugar, donde se desconozca la ciencia coreográfica, caiga en medio de un salón, donde haya diez ó doce parejas, dedicadas á la mazurca, paso muy elegante, según los aficionados. El aturdido viajero, sería capaz de huir, creyéndose en un manicomio: pues esos hombres y mujeres, abrazados de dos en dos, dando vueltas al ruedo de la habitación, zapateando, moviendo desigualmente las caderas, sudando, jadeantes, como si fueran obligados á ese raro movimiento por el látigo de un comitre invisible, le harían tener una idea muy triste de los habitantes de la Tierra. Más se admiraría aún, si fuera analizando las parejas. Aquí, una señora enormemente gorda, con grandes nalgas, pechos de ídolo indostánico, garganta de iguana, tiene por pareja un jovencito ético, de pezcueso de camello y cannillas delgadas. Allá un vejete jorobado, de ojos enfermos, y baboso, abraza á una chiquilla de formas todavía incipientes. Acullá, vé otro contraste. Todos sudan á mares; los de pulmones enfermos, se ahogan, olores sospechosos se mezclan á "la brisa de las pampas" y al "Ylang-Ylang"; los callos y los uñeros gritan al ser atropellados á cada instante. Pero el admirado viajero oye á todos los concurrentes ponderar lo que han gozado con el baile.

Un curioso observador tendrá amplio campo para estudiar tipos en las danzas ó habaneras. Cuando llega el instante de las *caritas*, las fisonomías de los bailarines, son de un ridículo homérico: unos fruncen el entrecejo para parecer heroicos y varoniles, otros ponen los ojos en blanco en señal de beatitud; aquellos hacen esfuerzos desesperados para dar á las fisonomías expresión de cariño, bondad, galantería, gozo; pasiones que no sienten, y, ¿cómo van á sentir las, si la vecina es fea, ó vieja de dientes largos y amarillos?

Cuando en una reunión, el entusiasmo llega al último límite, y la confianza reina ya entre los concurrentes, cuando las copitas han producido el efecto necesario, principian los *bailes sueltos*. [Aquí hago un paréntesis para decir que yo también los he bailado, y que el recuerdo de éllo, me da mortal congoja] Cierro el paréntesis y continúo. Dicen los sabidores que estos bailes son los mejores y más elegantes. Puede ser que aquéllos tengan razón; pero también es cierto, que en mil ocasiones presentan espectáculos ridículos en grado superlativo. Cualquiera jamona y cualquier pollo tísico y desgarbado, se creen hábiles para un baile que requiere hermosura, elegancia y ligereza, y es de verse los troteci-tos del pollo, moviendo á diestro y siniestro un pañuelo, como quien espanta moscas, corriéndole el sudor á chorros y con los bigotes caídos, en

tanto que la gorda jamona, mueve su pesado, cuerpo con compás de oso, sin hacer caso de los aspavientos de su compañero.

Yo he visto, yo, bailar *alza que te han visto*, á un cura de barriga fenomenal,alzada la sotana en una mano, y llevando en la otra el moquero de cuadros, con una terciaria flaca, cual mula de arriero, la que, emocionada por el honor de bailar con su reverencia, no se atrevía á levantar los ojos, ni á zapatear demasiado, en tanto que el cura era un torbellino.

Para terminar esta mal zurcida disertación, echaré un palique de historia. Los teólogos y filósofos andan á la greña, sobre el origen del baile. Muy sabios doctores opinan que Adán y Eva bailaron por primera vez, cuando lo de la manzana. Noé cuando cojió la famosa *mona*, zapateó como un poseído. El santo rey David, era un formidable bailarín. Recuerdo haber visto una preciosa estampa, representándole coronado, vestido con una camisa que le llega sólo á las rodillas, y arpa en mano, haciendo piruetas ante el Arca, llevándose por su habilidad, los sinceros aplausos de su pueblo.

Todos los pueblos son aficionados al arte coreográfico, y bailarán hasta la consumación de los siglos; pues el último zapateo será en el llano de Josafat.

Piura 1902.



RECUERDOS DEL CONVENTO.



Hace algunos años, Benvenuto publicó un donoso librito: "Los dominicos italianos en el Ecuador". En uno de sus capítulos, describía diestramente picantes escenas en las que eran actores los antiguos dominicos nacionales. El cuadro, es una pequeña obra de arte, y maldito yo, si pretendo retocarlo. Quédese aquello para algún embadurnador que se mete á corregir un paisaje de Salas, ó un cuadrito de género de Pinto. Mi intención es muy otra: describir escenas parecidas, de las que fuí expectador y á veces actor, ahora medio siglo, en uno de los conventos de Quito.

Muchos aseguran que las costumbres han cam-

biado en los modernos tiempos. Si esto es verdad, alégrese los timoratos y moralistas, pero lloren á mares los aficionados á historias pican-tes, y á cuadros de rico y variado colorido, de que eran emporio los antiguos conventos quiteños.

El principio de mis recuerdos, avanza hasta 1850. Tenía entonces el humilde servidor de Uds. 20 años, salud perfecta, rostro, según alguien aseguraba, simpático, carácter travieso. Y para aquella edad y para esos tiempos, era un tanto despreocupado en asuntos religiosos. Creo que en algún capítulo de mis deshilvanadas memorias, he contado algunas aventuras que antecedieron á mi conversión y toma de hábito. Antaño, los jóvenes éramos muy propensos á esas conversiones repentinas. Un sermón de algún predicador de fama, bastaba frecuentemente para que seis ú ocho libertinos echaran á pasear los tres enemigos del alma y tomaran el hábito. Amores contrariados, hacían también desertar algún prógimo de las huestes de Satanás. La falta de pesos y la dificultad de obtenerlos, producía abundantes hornadas de franciscanos, dominicos, agustinos etc, todo producto nacional, pues aun no nos venían los cargamentos de Italia y España.

Antes de la invasión extranjera ¡qué pena tengo al recordarlo! fué la edad de oro para los frailes, Las haciendas nos producían pingües rentas en plata y oro; venía de las mismas lo

necesario para la despensa, en forma de quesos amasados, gallinas y pavos, huevos, vacas gordas, y frutas exquisitas. El rico moscatel ó el Málaga oloroso, llegaban de Europa herejes y nunca hubo ni tiempo ni intención de bautizarlos. El chocolate se elaboraba con el mejor cacao de la Costa, bien sazonado con canela y vainilla, corriendo con todas las operaciones de la fabricación, las monjitas del Carmen alto, maestras también, en preparar el manjar blanco ó el mejido, y mil otras exquisitas golosinas.

La cocina de nuestro convento, gozaba de merecida fama en la ciudad. El *ajé de queso* con aguacates y lechugas, y los tamales que preparaban en ella, se presentaban aún en las mesas más aristocráticas. Cada fiesta de la Iglesia, tenía su especial potaje: *chiguüiles* en Ramos, *fanesca* en Semana Santa, *tamales* en Pascua, *champús* en Corpus, *mazamora morada* en Finados y *buñuelos* en Navidad, eran de rigor y nunca hubo ejemplo de que una sola vez se rompiera la tradición. Todos los platos enumerados eran hechos en cantidad prodigiosa, para obsequiar con ellos, á las monjitas, al síndico del convento, á las familias de todos los frailes, á los conocidos... á media ciudad. A veces, los guisos de nuestra cocina eran honrados en las mesas del presidente de la República y del arzobispo.

Nos sobraba dinero. Cada fraile ó corista re-

cibía una mensualidad nada despreciable para sus gastos particulares. Además, las alacenas de cada celda estaban provistas de vino, cigarros y sabrosas golosinas. Nunca mandábamos ni un centavo á las *casas madres*, ni aun sabíamos de su existencia en alguna parte del mundo; menos aún, gastábamos en revoluciones y otras peligrosas aventuras.

Libertad, la teníamos casi absoluta. Las reglas eran muy suaves y tolerantes, los deberes casi nulos. Recibíamos amigos en nuestras celdas, con ellos triscábamos alegremente, corría el vino, fumábamos, y de vez en cuando, tirábamos la pinta. Visitábamos cuando nos daba la gana, á nuestras numerosas relaciones; á veces dormíamos fuera del convento y asistíamos á tertulias y bailes. Eramos mimados por las familias aristocráticas, y adorados por las de la clase media y del pueblo. En las celdas guardábamos con cuidado nuestros vestidos de civiles, pues algunas noches nos *ranclábamos* los más alegres, para ir á *tunitas* de arroz quebrado, llevando en los bolsillos, botellas de vino de consagrar y vihuela ó bandolín, pues algunos frailes ó coristas eran diestros tañidores.

Las fiestas de navidad eran muy concurridas en nuestra iglesia, porque allí cantábamos los llamados villancicos; costumbre como otras, que han abolido los reformadores. Los versos eran muy salados, y un tanto libres, y se alterna-

ban entre los frailes del coro y el pueblo, imitando el canto del gallo, Recuerdo que decían:

Frailes—Hay unas viejas

Pueblo—Achucharradas

F.— Que andan diciendo

P.— Que están preñadas.

F.— Hay unos frailes

P.— Muy presumidos

F.— Están creyendo

P.— Qué son partidos etc.

La iglesia era una batahola, mezcla de gritos, música, cantos de gallo, y risas.

A mi memoria vienen infinitos recuerdos, á travez de tantos años, y quiero que algunos, un tanto picantes, pasen á la posteridad, porque si yo no los cuento, el olvido los borrará muy pronto.

En las cercanías del convento, vivían unas chiquillas alegres, saladas y buenas mozas, á quienes llamábamos *las paspitas*, bautizadas así, sin duda, por ser tan apetitosas como sus homónimas de harina y manteca. Nuestras frecuentes escapatorias nocturnas, tenían por norte esa casa. ¡Qué lindas noches pasábamos allí! qué locuras las que hacían á porfía, padres y coristas. Bailábamos y cantábamos hasta perder el aliento; el vino dulce y la mistela, corrían en abundancia, los requiebros y palabras de doble

sentido, estallaban como un paquete de cohetes. Los besos y abrazos eran moneda de buena ley. Había escenas de celos en las cuales se apagaban las velas, volaban las botellas á guisa de proyectiles; rodaban los muebles con estruendo. Los "cálmese su reverencia", "á diablo, ya me rompieron la cabeza", "cuidado con la vihuela" y otras frases se oían en la oscuridad, hasta que alguien encendía con mil trabajos una pajueta, y luego una vela y alumbraba el campo de batalla. Caras conjestionadas, alguna vez manchadas de sangre, un borracho caído como muerto bajo una mesa volteada; trajes rotos, sombreros hundidos, y *las paspitas*, rojas, con los ojos brillantes, ebrias, junto á los vencedores. Casi al amanecer salíamos de la tuna para entrar al convento por un portillo de una pared de la huerta, lo que hacíamos no sin trabajo, por la altura que había de escalarse y la embriaguez que frecuentemente traímos.

Una noche de aquellas, para desgracia nuestra, había en la huerta un novillo bravísimo que la víspera lo habían traído de la hacienda para degollarlo. Con gran lujo de precauciones, lo habían atado á un árbol, pero el diablo, ó algún travieso ó envidioso, lo soltó. Vernos en la huerta y arremeter al grupo de trasnochadores, fué obra de un segundo. Nada hábiles en la tauromaquia, y achispados más que de costumbre, poco ó nada hicimos para defendernos. Aventones,

carreras, nube de polvo, he ahí la escena en dos rasgos. Estando en lo mejor de la brega, un corista que huyendo de la fiera habíase nuevamente subido al portillo, bajóse de un salto diciendo á media voz: "el prior....el prior!

—Por dónde?....

—Viene por la calle....ya está cerca del portillo....escondámonos.

Mientras tanto, casi todos los molidos coristas habían podido entrar al convento. Dos no pudimos hacerlo; el que había dado la vos de alarma y yo. La noche era de luna muy clara, y en vano buscábamos un sitio que nos ocultara del prior y del toro. Pusímonos boca abajo en la sombra de una raquílica mata de rosas, y esperamos conteniendo el aliento.

Con mucha dificultad subióse sin duda el prior al elevado portillo, pues oímos hasta nuestro escondite su jadeante respiración, sus pujos, el derumbe de cascotes, hasta que coronó la pared, lanzando un "uyyy...."prolongado. La luna lo iluminaba de lleno y pudimos verlo vestido de civil, terciada amplia capa española, sombrero de Jipijapa de anchas alas que le sombreaba el rostro, y llevando una vihuela en la mano.

Como persona acostumbrada y conocedora del sitio, saltó con entera confianza al suelo, haciendo sonar con el *cimbrón* de la caída, las cuerdas de la vihuela. En la mitad de la huerta encontrábase entonando á media voz una can-

cioncilla entonces en boga:

“Estábame cierta noche
Recostado en su regazo”....

cuando el novillo, que no entendía de dulces regazos, salió de unas matas, y lanzóse contra el prior. Por un verdadero milagro, el primer aventón lo sorteó con la vihuela que se hizo mil pedazos, lanzando en los aires su postrer gemido; en la segunda arremetida, ya fué el mismo prior el arrojado al suelo, después de hacer dos piruetas á regular altura. Aprovechando el apuro del prior y la faena del toro, nos escabullimos silenciosamente los que estábamos ocultos, y pudimos ganar la puerta de ingreso al convento. Allí, viéndonos seguros, quisimos presenciar el final de la tragi-comedia del mal aventurado superior nuestro. La furiosa bestia, viendo que no se movía el bulto á quien atropellaba bajo sus pezuñas, apartóse poco á poco, hasta desaparecer entre las matas de donde había salido. Levantó por fin la cabeza el golpeado fraile, cerciorándose de la ausencia del bicho, emprendió en cuatro pies la mas ágil carrera que hizo en su vida, abandonando en el campo de batalla, la capa, el sombrero y la despedazada vihuela, prendas que al ser encontradas al día siguiente por el lego jardinero, dieron lugar á mil chistosos comentarios de toda la comunidad.



Logió por las pajas un nice pavo relleno.... Pag. 99.

Cuando había una fiesta solemne, v. g. el santo de nuestra advocación, pascuas, días del prior, etc., á más de la función religiosa de ley, se festejaba también con corrida de toros, la que tenían lugar en el espacioso patio del convento, con asistencia de muchas familias de la ciudad, Se consumía entónces, increíbles cantidades de chicha dulce y anisado, y no era raro que un lego ó un novicio, se llevaran los aplausos de la concurrencia, por la destreza en el arte del toreo. Por la tardecita había gran banquete, con asistencia del empingorotado señorío de Quito. El lego cocinero exedíase entónces en la larga lista de treinta platos, que era engullida con visible satisfacción por los convidados. Cuatro ó seis barriles de Málaga, desaparecían en pocos minutos, alegrando la reunión, en la que los hábitos y las levitas se confundían amistosamente. Sin embargo, una ocasión, el prior se sulfuró, yo no sé por qué, contra un canónigo, y viendo que los proyectiles lanzados por la lengua, no hacían mella en la cachazuda ánima de su contrincante, cogió por las patas un rico pavo relleno que destilaba manteca, y lo lanzó con fuerza de catapultas contra la redonda cara del canónigo. Después de aplastar la nariz del cuitado, el proyectil se dividió como una bomba, y los pedazos alcanzaron á echar á perder más de cuatro ternos flamantes de los currutacos. Pero este fué un escándalo que felizmente ño fué re-

petido nunca más; pues siempre había en los banquetes del convento mucha cordialidad, circulando bromas más ó menos cargadas de color, sin que nadie pensara en tener berrinche.

—Padre López, ayer ví á la Mariquita, está bien buena moza. Cómo le envidio, picarón!

—Padrecito Muñoz, cuándo se casa la Melchora? he oído que ya Ud. no la quiere como á hija de confesión.

—Dígame, padre Rafael, dizque se van los chiquillos á Guayaquil?

Hermano Pedro, ha visto á las paspitas? es verdad que la una... Ud. me entiende, bribonazo.

—Los interpelados contestaban sin inmutarse, y como Dios les daba á entender, en medio de las risas y quid pro quos de los comensales.

Bien entrada la noche, terminaba el bodorrio, y con todo, después del inmenso consumo, salían las sobras para nuestras familias.

Una vez al año, parte de los frailes y coristas, iban á pasar una temporada de campo en una de las haciendas del convento. En esa misma época se hacía el rodeo general y se herraba al abundante ganado de cuernos que pastaba las dehesas.

La casa, no sé si aun exista, era enorme; el patio era por su tamaño, una verdadera plaza de armas, rodeado por los cuatro lados, de cuerpos de edificio. Muchas personas de la ciudad

iban convidadas á presenciar el rodeo; y de los pueblecitos y haciendas de la vecindad, venían infinitos chagras y convidados. Se establecían *chinganas*, para preparar comida y vender aguardiente.

Llapingachos, tortillas y melcochas, circulaban por entre el aglomerado gentío, pues en esos días, más que menos había mil personas en la hacienda. Las comilonas, y los paseos á correr venados en el páramo, entretenían varios días á los frailes y seglares; además, todas las tardes se jugaban novillos en el patio, en medio del cual se levantaba, sobre alto sócalo, una gran cruz de piedra; refugio la cruz, esta vez, no sólo de pecadores, sino de toreros acosados del toro. Por la noche la chacota era general. Se cantaba y bailaba á veces, jugábamos juegos de prendas, y terminaba la velada con sendas tazas del chocolate aquel de las monjitas, bien sopeado de queso amasado y oloroso pan de huevo. Después, á dormir, repartidos los invitados y frailes, en los múltiples cuartos de la gran casa.

Una de esas noches, más ó menos á las doce, sentí que mi compañero de habitación, un corista que no profesó, se levantaba con mucha cautela, haciendo el menor ruido posible.

—¿Dónde vas? qué necesitas? estás mal del estómago?

—¡Chit! no necesito nada... pero no hables muy alto, quiero salir.

—Salir....? y para qué? dije bajando la voz.

—Pues sabrás.... pero no vayas á *descolgarme* mañana.

—No, hombre de Dios....no....á qué?

—Pues la hija del mayordomo; esa cholita tan simpática, me citó para esta hora, y para el cuartito del otro lado del patio, y ya ves, no es cosa de despreciar.

—Claro está....pero vístete pronto.

—Vestirme ¿para qué perder tiempo? me voy así.

—¿Y el frío?

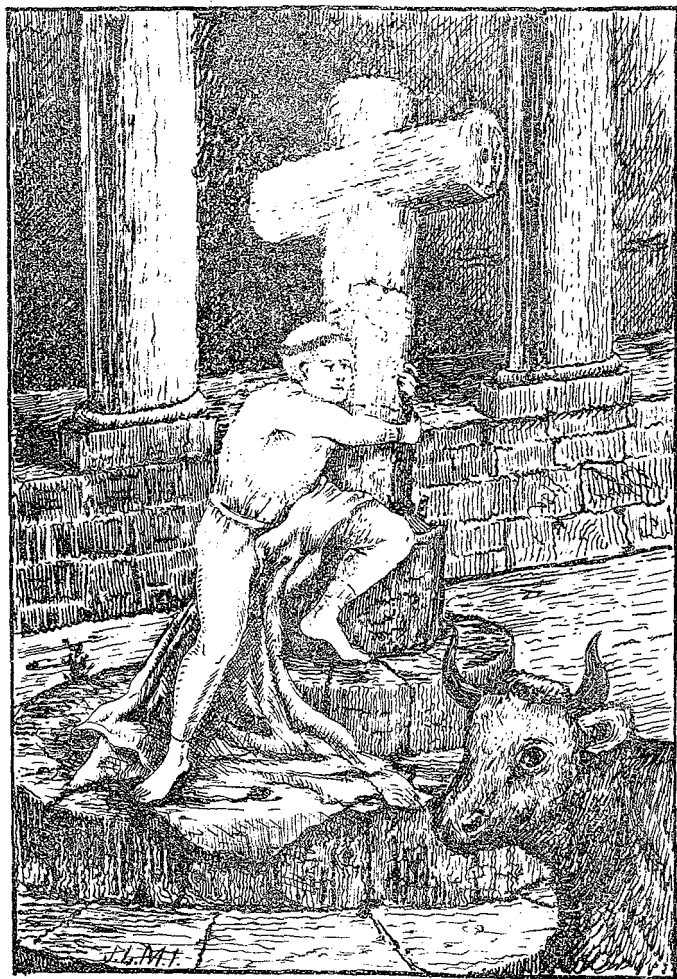
—No hay frío que valga.

—¿Si te ven?

—No hay miedo. El chagra mayordomo está más borracho que el aguardiente, pues antes de venir á dormir le dí media botella de anisado.

—Bueno, pues, lárgate bribón, y tengas buena suerte.

Fuese, pues, en paños menores, apenas cobijado con una sutil sobrecama, y yo quedé, lo confieso, con alguna envidia; pero el sueño me venció al fin, y dormíme como marmota. No sé cuánto rato estaría en ese beatífico sueño, cuando despertóme el estruendo del más formidable aguacero que ver se puede en esas altas regiones. Aclaraba entónces un poquito, y oí en el patio silvidos, gritos, carreras. Corro á la puerta, la abro y ¿qué veo? Al pícaro corista, casi exánime sobre el sócalo de la cruz, y al pie



¿Qué veo? Al pícaro corista, casi exánime
sobre el sócalo de la cruz.... Pag. 108.

un formidable toro negro, al que habían capeado la víspera, haciendo frente á cuatro ó cinco indios que lo querían separar de ese sitio, para poder así auxiliar al sitiado galán. Largo rato se *amatreró* el toro, hasta que le echaron una jauría de galgos, y salió del patio. Corrí entonces donde mi amigo, y le encontré amorado, temblando de frío, casi helado, con la sutil ropa chorreando agua, y casi sin palabra. Con dificultad pudo ponerse de pie y acompañarme al cuarto.

¡Ay, *amumio*, ¿qué le ha pasado al padrecito? dijeron unas cholas que salían ese rato.

—Ya ven, decía yo á los curiosos, lo que es la porfía. Se le indigestó la comida y salió afuera, por más que le decía: “hombre, haz uso del *servidor*.”

Con esa mentira arreglé el asunto, aparentemente á lo menos. No sé si los frailes creyeron ó no en esa indigestión. Yo, en verdad, me alegraba de lo sucedido ¿por qué? no lo sé.

En el cuarto ya, y reaccionado un tanto el helado, merced á fuertes friegas con ortiga y á un vaso de vino caliente, preguntéle:

—¿Qué es lo que ha pasado? Yo que te hacía en otra parte. . . . ¿Cómo fué la aventura?

—¡Cómo fué! qué pregunta la tuya! Figúrate que apenas descendí al patio, me persiguió el toro, que yo no sé porqué estaba allí. Corrí como un venado, pero ya sentía la respiración del mal-

dito en la espalda, cuando pude subir, no sé cómo, á la cruz. Principió á poco á llover, y moverse el toro de allí, imposible. Tres veces intenté burlarle, pero me cargó con tanta gana, que hube de renunciar á ello. Mi esperanza era que al fin se cansara y se fuera; pero caminaba tres ó cuatro pasos, y regresaba nuevamente furioso. Quise gritar, mas el aguacero me helaba por momentos, y luego . . . la vergüenza de que me vieran en esa ridícula posición. Si tarda un cuarto de hora más, en retirarse el maldito, me muero . . . ¿Qué diría la cholita? . . . , ¡carray!

Poco tiempo después me ordenaron. Gané en gordura y en consideración pública. Tuve una época en la cual me consideraban como á un sustituto del célebre Salcedo; la prosperidad me trataba como á su hijo mimado. Pero nada dura en este mundo perecedero Vino García Moreno, y sin más ni más, un día me hizo apresar, y, en junta de tres ó cuatro frailes más, me desterró al Napo.





LAS VISITAS

Lo confieso: mi coco son los deberes sociales. Nunca he podido digerir una visita de pésame obligado, ni menos aun las de parabién. Soy, pues, lo que llaman un salvaje, ó más bien, un chagra. Y visitar por sólo visitar, valga la frase, ha sido para mí uno de los problemas más difíciles de la vida social; algo como la solución de una ecuación de segundo grado con tres incógnitas, ó como la cuadratura del círculo, ó como el arreglo del presupuesto nacional. Hay muchos prójimos, (y esto ha causado mi sincera admiración), que piensan de distinta manera. No faltan á entierros, bodas, exequias de cuerpo presente, fiestas de prioste; aun cuando el muerto, ó el que se casa, ó el prioste, sean ó hayan

sido amigos sólo de salutación. Como son hombres de sociedad, ó creen serlo, sería *muy feo* que no fueran á mortificarse.

El hombre de sociedad ve llegar el domingo con amorosas ansias. Muy por la mañana se entrega á un barbero para que le rice el pelo, dejando al peinarle la raya bien visible, y le afeite y retuerza los vigotes, aun cuando sea con cera de Nicaragua. Concluída la faena barberil, se mira al espejo, se retira, vuelve á acercarse, pone cara risueña á veces, graves otras; en una palabra, estudia cariñosamente su propio rostro. Queda sin duda satisfecho del examen y corre á su casa; allí se enfunda en la levita recién aplanchada, pónese el tarro flamante, y guante en una mano, [pues es de tono, según dicen, llevarlo en una sola], y tomando coquetonamente en la otra un bastoncito que no sirve ni de arma ni de apoyo, sale por las calles, con pausado movimiento de caderas y gran seriedad en todo, ¿á qué? á resolver el para mí arduo problema: á hacer visitas. No importa que el callo ó el uñero le hayan hecho ver estrellas; no importa que algún chubasco repentino le haya echado á perder el *buche*; no importa nada. Está satisfecho, como un soldado después de la batalla, en la que lidió como héroe, muy satisfecho de haber visitado doce ó quince casas. El domingo siguiente tiene que hacer otras muchas, y así en adelante, hasta la consumación de los

siglos.

No se crea que mi humilde persona dejó de pagar tributo á la fiebre de *hacer visitas*. Todo chiquillo que aspira á ser considerado como hombre, cree que logra el apetecido grado, haciéndose visitante. Quise también serlo en una época ya lejana, y la experiencia que adquirí entónces, contribuye á que ahora sea *chagra* rematado:

Una de las visitas obligadas era á don Ruperto, pariente mío en cuarto grado de afinidad, hombre muy respetable y considerado en la ciudad, autoridad indiscutible en ciencia caballuna ó veterinaria. La conversación versaba sobre el mérito de los caballos criollos, ó yungas; la calidad de paso; *la agonía* de un chúcaro, por el que le ofrecían quinientos pesos; la luna, que se debe tener presente para castrar á los caballos; si esta operación es buena; cómo la hacen fulano y zutano; el remedio para el torozón seco etc.; y siempre con la muletilla "*comprendís, chiquillo, oís, chiquillo.*" Después de media hora de lección, salía de donde don Ruperto con la cabeza llena de monturas chocontanas, falsas riendas, arestines, capaduras y demás horrores.

Segunda visita: donde la niñas Izazas, grupo de cinco señoritas, escalonadas entre los treinta y cinco y los cincuenta años. Al entrar, gran orquesta de perritos falderos y loros. Recepción

en un cuarto lleno de diplomas de congregaciones, santos de bulto y pintados, retratos de confesores en las mesas. "¡Ay! hijito, me decía una de ellas; la casa como siempre, un hospital. Chanita sufriendo del estómago, nada *le pára*; Anita con ataques, y yo con muchos flatos. Hasta la chola, con cólicos sospechosos, y el indio guasicama con principios de locura. Ya no se puede: nosotras que éramos tan *rebustas*". Luego desfilaban nombres de médicos, remedios, historias de enfermedades, tomadas desde los huevos de Leda... Y no faltaban benditos que repetían: "¡Qué agradables son las Isazas!"

Harto de enfermedades, pasaba á la casa de doña Joaquina, viuda de un señor muy importante, según decían las gentes. Más que la respetable viuda, me atraía á esa casa Carmencita, su hija, regular pimpollo de diez y ocho años. La Señora usaba todo el año, falda de zaraza morada, nunca chaqueta, y sí *macana* de Cotacachi, por lo cual mostraba al curioso visitante unos pechos fenomenales, dibujándose tras la delgada camisa. Con cara de bondad, ó estupidez, cosas que se confunden, y la mano en la cabeza rascándola incesantemente, recibíame en un regular salón. Luego llamaba á *Carmunchita*, con voz lenta como un balido. Doña Joaquina, que barruntaba inclinaciones mías hacia el casorio, tocaba prudentemente retirada, dejándonos solos. Pero no adelantaban gran cosa las

tales inclinaciones, pues Carmencita apenas soltaba un “¡ay no se!”, “¿deberas?”, “¡me muero!”, sin dejar de jugar, ni un instante, con los flecos del pañolón, que llevaba puesto. Nunca hubo ejemplo de que saliera de esa casa sin comer ó beber alguna cosa. Ya era el vaso de chicha dulce; ya el arrope de membrillo, muy bueno para la diarrea, según decía doña Joaquina; ya un plato de miel con queso; en fin, una ocasión, á las dos de la tarde, me trajo un plato con seis huevos fritos!

Pasaba á otra casa. Allí la conversación era consagrada á las cholos criadas y *ñuños*. El servicio, según mis amables interlocutoras, estaba perdido. Los cholos músicos eran los peores tenorios, y los sastres no les iban en zaga; ponderaban los méritos de una chola que se había huído con los soldados, porque seguramente estaba con *la ancheta*; se admiraban de que doña Felipa, su vecina, tuviera una chola con zapatos y moños, pues aquello era pernicioso por el mal ejemplo, etc. Si tres horas visitara esa casa, tres horas se hablara de lo mismo.

Colábame después donde otras amiguitas, muy monas y simpáticas, que, monopolizando la conversación, me daban cumplida cuenta de los sermones del padre Joaquín, el que era un pico de oro, un *amunio*; de los cambios sobrevenidos en la congregación de hijas de María; de las maquinaciones que empleaba la *fiera* Res-

tituta á fin de hacerse presidenta. Se hablaba de masones, herejes, y de todo lo concerniente á religión y hermenéutica.

Otro salto á ver á los Parreños; matrimonio sin hijos, pero con diez perros, falderos, galgos, *runa-ashcus*, un verdadero museo de raza perruna. Mi pantalón, y aun mis pantorrillas, sufren un tanto con el cariño muy fuerte de un faldero; doña Etelvina disculpa la sinrazón de su hijo predilecto, su rubio, como suele llamar al perro; cuenta las gracias y particularidades de cada uno: éste sólo come carne; el otro no huele la leche; aquel está enfermo; esotro se pára en dos patas; y luego los besa, les hace ahullar, hasta que, medio loco y sin entender lo que se me dice, salgo corriendo de allí.

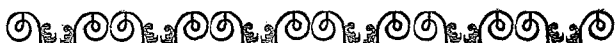
En otra casa los dueños querían honrarme llamando á los seis chiquillos, mocosos y anti-páticos, para que recitaran las fábulas que les habían enseñado en la escuela, y para que cantaran un himno al beato de La Salle. Harto de Iriarte y Samaniego, solía concluir la jornada, ya bien entrada la tarde, visitando á don Pablo Alburquerque, eximio agricultor y de muy agradable é instructiva conversación. Recibíame en amplia habitación, amoblada con sacos de granos, atados de sogas, trofeos de azadones y palas viejas, y tal cual silla coja y sin espaldar. Según don Pablo, la agricultura estaba perdida por completo, el *temporal* había cambiado mu-

cho; caían heladas famosas ó llovía demasiado para *chictar* las papas; las parvas de cebada *botaban* muy poco; los granos estaban por los suelos; los *verdugos*, insolentados por los liberales, etc: presentaba un cuadro desgarrador, lastimoso. Según él, más valía ahorcarse. Todo esto lo decía tomándome de las solapas de la levita, única prenda decente que había en mi guardarropa, y yo temblaba de temor de verla desgarrada.

Cansado, molido, con un humor negro, regresa á mi casa, dando al demonio las visitas y á quien las inventó. No sé si habrá cambiado algo el cuadro que describo, pero siempre debe tener el moderno mucho del antiguo, pues nuestras costumbres se transforman muy lentamente. Sin embargo, aun me causan admiración los majagranzas que, con aire de superioridad, dicen, dirigiéndose á alguno: "Hoy tengo que hacer muchas visitas."

Piúra, 1902.





EL VENIDO DE EUROPA.

ANTAÑO Y OGAÑO.

Hace medio siglo que, para los interioranos, ir á Europa era un problema muy arduo; razón por la cual bien pocos eran los que pasaban de Guayaquil, que entónces debía tener escrito el *non plus ultra* de las antiguas columnas de Hércules.

El viaje hasta la reina del Guayas estaba erizado de dificultades. Había que armarse de pistola de arzón y machete, llevar gran almofrej con la cama, alforjas con gallinas frías, tamales y *quimbolitos*; poner sobre el sombrero manabita funda colorada; repasar cuidadosamente el calzón de montar, y colocar bajo la cami-

sa medallas milagrosas y escapularios. Después venía el largo negociado con los arrieros, para alquilar las mulas de silla y carga.

El día de la salida había lloros de la mujer, de la madre, de las hijas, de las criadas, de toda la casa; tal cual pataleta y soponcio. Los amigos, tristemente impresionados, acompañaban al viajero hasta muy afuera de la ciudad; y al despedirse no faltaban las eternas frases: "Buen viaje, ¿no?", "cúidate mucho," "Dios te lleve con bien", "Escribirás" y otras de rúbrica.

Después de un mes de ausencia, regresaba el feliz mortal. Para recibirlo dignamente, se echaba la casa por la ventana; se mataba puerco gordo, pavo y gallinas; se hacía chicha dulce, y se alistaba un barril de Jerez á Málaga. Los parientes y amigos salían á encontrar al viajero, luciendo buenos caballos y provistos de botellas en las bolsas de las monturas, para darle, antes que nadie, la bienvenida con algunos tragos.

Entraba la gran cabalgata á la población, llevando al viajero al medio; el cual ostentaba aire de triunfador, ó de obispo, saludando de derecha á izquierda. Las gentes salían á las ventanas, y muchas repetían: "Ya viene don Fulano conociendo *tierra abajo*. ¡Quién como él!"

Durante ocho días, el recién llegado era el Dios de las tertulias. En ellas contaba los peligros horribles que sorteó en el paso del Chim-

borazo; los resbalones de la mula; la nevada que le iba encanijando. Ponderaba la navegación del río, y el número de lagartos que había visto; pintaba, en medio del asombro de los oyentes, el tamaño de los vapores, la comida del Hotel, lo que le dijo el italiano dueño del mismo, el sabor de las sandías y melones; ceceaba un poquito y comíase tal cual letra á usanza montuvia.

Si algún feliz mortal alargaba su viaje hasta Lima ó Valparaíso, el regreso era más solemne y las historias más largas. Y si se atrevía hasta el *extranjero*, nombre con que se designaba á Europa ó EE. UU, se le recibía bajo palio, ocupaba la atención de la ciudad un mes ó dos, y era considerado como el ave Fénix. Con todo, el que regresaba de Europa, seguía siendo el mismo ciudadano y ejemplar padre de familia, como lo fue antes del viaje. No se le oía echar juramentos en francés contra la tierra; comía sin chistar el *locro* patrimonial; vestíase como sus vecinos; montaba á caballo con zamaros y espuelas orejonas. Traía la salud perfecta, y, en los bolsillos, un poquito más de recursos pecuniarios; pues fuese al *extranjero* á comerciar, y no á pasar sin ton ni son. No sé si el viajero de antaño sea un tipo bueno ó malo para el país: más creo en lo primero.

Ogaño las cosas han cambiado radicalmente: ¡no se pasan cincuenta años así no más!

Las familias medianamente acomodadas, creeríanse rebajadas, si no mandaran alguno de sus hijos á Europa ó Norte América. Si el viaje se hiciera por comercio, por estudio, por completar la semi-educación que aquí recibimos, magnífica cosa sería. Desgraciadamente, la mayor parte de los jóvenes interioranos que van al extranjero, son nulidades pretenciosas, sin pizca, no diré de ilustración, mas ni de sentido común, inflados con su equívoca nobleza, ó por una fortuna conseguida Dios sabe de qué manera. Jóvenes inteligentes, ilustrados y patriotas, rara vez salen del país; porque sobre ellos pesa casi siempre, como loza de plomo, la pobreza. La riqueza en el interior, la mayor parte, á lo menos, está en manos de lo que aquí dicen *nobleza*; palabra que, en el Ecuador, debe ya ser sinónimo de necedad ó tontería; pues raros son los nobles que, por su talento, ilustración y patriotismo, son dignos de ocupar el sitio que en otros países tiene la nobleza.

Perdón por la digresión, y vamos á nuestro asunto.

II.

“*Manolito se va á Europa.*” Esta noticia corre de boca en boca entre los amigos y parientes de la familia Castillos. Doña Chepa, madre del futuro viajero, lo cuenta á todo el mundo. Ve

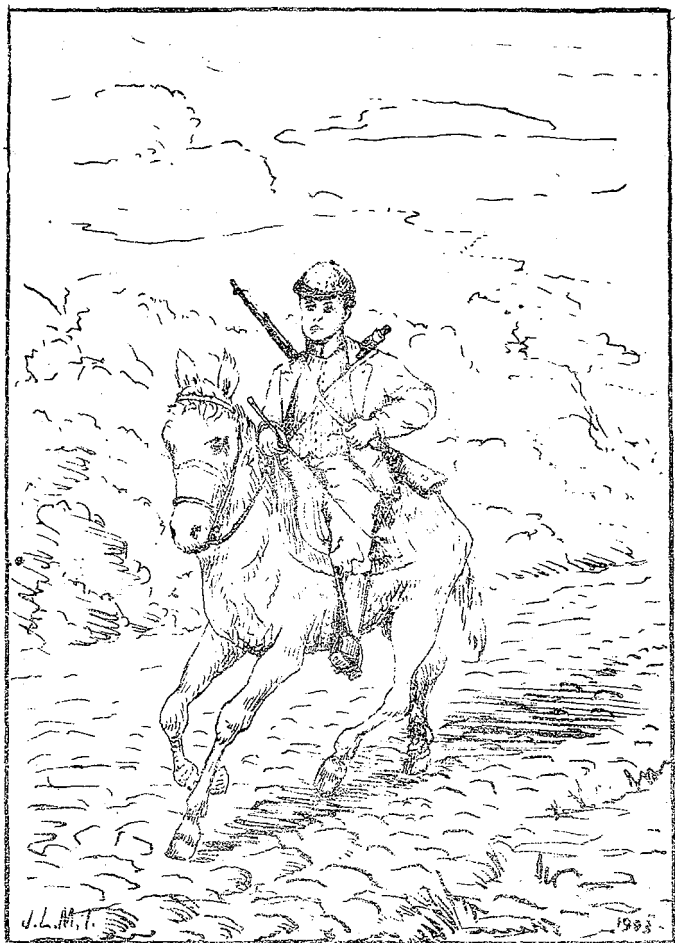
á una *cajonera*, y le da parte del suceso; encuentra por allí á una vieja de hábito y rosario y le dice: "Doña Jacoba, pida á Dios, que á Ud. le oye, que le lleve á Manolito con bien." Hasta los indios aguadores saben ya que Manolito va á Europa.

¿Y quién es el tal Manolito, tan popularizado por doña Chepa? Pues un muchacho como hay muchos; pequeño de cuerpo, de color casi cobrizo, chato, *cerdozo*, con tres cuartos de sangre americana; pero futuro heredero de una fortuna hecha por su papá, en el comercio de ferretería y trapos. Sin este particular, Manolito hubiera asistido á la doctrina parroquial, ó sería *peón mediero*, pues aun no tiene edad para completar la tarea de deshoje de maíz, ó la de arada.

Cuando don Pedro Castillo principió su vida arreando mulas á *la Bodega*, llevaba su apellido en singular; pero Castillo es cualquier pelagatos, por lo que cambiósese en Pedro Castillos, desde que le entró la fortuna.

Mandar al primogénito á la *ciudad* de Europa, como decía doña Chepa, era el sueño dorado de la familia: así se adquiría *per saltum* un lugar muy distinguido en la sociedad; era el prólogo para un matrimonio ventajoso, en el que se mezclaría la sangre indiana con la azul de alguna aristocrática heredera.

Fuése pues, Manolito, y el mundo siguió dando vueltas en el *piélago inmenso del vacío*, por



Por fin asomó el esperado viajero...Pag.123.

espacio de un año ó dos.

Nada digno de contarse hubo en la familia Castillos; por lo cual paso por alto los aspavientos que hacían todos á cada carta del ausente. Doña Chepa salía á la calle, y no se cansaba de repetir, *que Manolito escribe tal cosa, que tal otra; que Manolito es ya un inglés perfecto*, etc.

Al fin vino Manolito. Los chagras mayordomos de las haciendas, provistos de fiambre y de las necesarias bestias de silla y carga, fueron á encontrarlo hasta Babahoyo. A dos ó tres leguas de la ciudad, salieron la familia y conocidos del glorioso joven, ocupando diez coches de alquiler y dos propios, pues Castillos era hombre que los tenía.

Por fin asomó el esperado viajero. Cabalgaba un flaco jamelgo, pelado de crin y cola, y de andadura trotona. El jinete llevaba gorrita de jokey, pantalón ajustado, polainas amarillas, y calzaba espolines de tamaño microscópico. A la bandolera cargaba un antejo de larga vista y una carabina de salón. A respetuosa distancia, venía la turbamulta de chagras mayordomos, cubiertos de *chiricatanas*, zamarras de cuero de chivo, sombreros de Cotacachi, y espoleando las cansadas mulas con grandísimas espuelas orejonas.

Con todas las reglas del arte ecuestre, paró al jamelgo, y desmontándose, el molido viajero, y con cierta tiesura y etiqueta, abrazó á sus pa-

dres y dió la mano, nada más que la mano, á los amigos. Terminadas las primeras emociones, don Pedro díjole:

—Pero, Manolito, ¿por qué no montaste masbién en el tordillo yunga, que es tan suave y voluntario, y no en el alazán en que has venido, que sólo es bueno para carga? Estos chagras brutos que no te han indicado tienen la culpa.

—¡Oh!, non, papá, mocho mejor venir en horse de trote. Yo estar mocho acostumbrado trotar y trotar.

—¿No dije?....¿no dije?, decía doña Chepa, dirigiéndose á la concurrencia, que Manolito había de venir un completo extranjero....¿Te has cansado, hijito?

—¿Yo? estar all righi.

—Asienta el camino, hijito, antes de seguir en el coche. Señores, una copita.....

Tomada la cual y otras varias, púsose en marcha la comitiva, con grande ruido de ruedas viejas, fierros y herraduras. En la casa esperaba lista la comida. El héroe del día, Manolito, presidía la mesa, vestido aún con su misma rarísima ropa de viaje.

—Hijito, ¿por qué no comes la gallina? Está riquísima.

—No, ma chere maman, no tengo famme.

—Y estas papas rellenas?

—¡Oh! ¡que barbarite! ¿Cómo se apelle?

—Papas, hijo.

—¡Oh! sí, patatás, en el extranjero comen sólo los *paisanos*

—Toma este vino, Manolito, es del que nos llegó, especial para nosotros, dijo doña Chepa; y dirigiéndose luego á los convidados: Señores, les recomiendo el vino, es especial, pedido por Pedro á la ciudad de. . . ¿cómo se llama? ¡ah! á la ciudad de Francia, en Burdeos.

Manolito paladea despacio y con aire de inteligente en la materia: Aceptable, aceptable, hay *bouquet*. En Anglan toman sólo Porto y Sherry, á libra la botella. . . .

—¡Diez sures botella! ¡caray!

—Yes. . . .

En medio de la comida, Manolito enciende un cigarrillo y vacía una copa de coñac.

—No se acaba todavía la comida, le dicen.

—No importa. Esto es muy *fashionable*. Como *nus disons an francés*, c' est un trou normande. All righi. . . .

Luego dice, viendo unos huevos:

¡Oh! que petits, en Está Uni mocho grandes, grandes así como mi puño. . . . á dollar huevo.

—¡Caray, qué maravilla! ¿por qué no trajo Ud. unas gallinas que pongan esos huevos.

—¡Oh! mocho caro. . . . cien dollar pieza.

—Quieres que te pase unas frutas?

—¿Frutas? yes . . . ¿*come dison vous?*

—Plátanos, chirimoyas, aguacates.

—¡Oh! yes. . . . all righi.

El café lo toma en vaso de cristal, y lo enfría con nieve.

Concluída la comida, al salón todo el mundo. Va á principiari el baile, y el piano principia los preludios de una cuadrilla de lanceros.

—¿Que est que ça? dice Manolito, en medio del salón, no *entende este musique*.

—Señor, es la cuadrilla de lanceros que me han pedido las niñas, responde, malhumorado, el pianista.

—¡Oh! *barbarité*. . . . *musicuée* Ud. Mister pianista, una danza rusa.

—No toco eso.

—¿Cotillón?

—Tampoco.

—Entonces no poder mi persona danzar esta soiré.

—¿Un valse entonces?

—¡Ah! ben. . . . toca vals.

Saca su pareja y principia un zapateo diabólico; saltos á diestro y siniestro, carreras rapidísimas, haciendo silvar las suelas de sus botas sobre la alfombra, con la violencia del roce. La señorita no puede más, suda á mares, está mareada, al desmayarse; y Manolito, que quiere probar su resistencia, se hace de la vista gorda. Las otras parejas han dejado de bailar, por temor de ser atropelladas por ese torbellino, el que feneció contra una consola, haciendo añicos candelabros, briseros y chucherías mil, y dejando sentada á la señorita sobre una compo-

tera.... Confusión, risas ahogadas, aplausos. Manolito, sin turbarse, se larga á otro lado diciendo, por vía de consuelo, á la caída:

—Vosté, miss, aprenda pronto danzar mocho bien.

—Habla un poquito en inglés, le dice doña Chepa, me privo por el inglés; estuviera siempre oyendo esos silviditos sin cansarme.

—¡Oh! yes: We are told that the Sultan Mahmoud, by his perpetual wars abroad, and his tyranny at home,.....

—¿Qué quiere decir?

—Saluda á la concurrencia, dice don Pedro; yo entiendo algo de eso.

Todos contestan el saludo.

—Y qué lenguas habla Ud., Manolito?

—¿Moi? *parlo* francés, english spoken, *parlo* italiano y algo alemán.

—¿Y se ha olvidado del español?

—Bastante.... Español no vale.

—¿Qué partes ha recorrido Ud. en su viaje?

—Está Uní, France, Inglaterra, Italia.... mocho más; me fui, me fui, me fui...., hasta Rusia.

—¿Y conoce Ud. la ciudad de España? preguntó á gritos un canónigo sordo que estaba en la reunión.

—¿España? mi no quise ir á esa tierra. Mucho atraso, hay inquisición y *brigantes*.

—Besó Ud. el pie al Santo Padre? gritó más aún el canónigo.

—Yes; mucho está viejito el Papa. Mandó recuerdos para Quito y bendición papa! para presidente.

—¡Imposible! El presidente es masón, y el papa lo sabe.

—Nada malo ser masón. Yo penso ser buena cosa masonería.... En extranjero toditos son masones.

—Eso es lo malo, dijo otra vez el canónigo; en la Europa todos tienen malas ideas; si señor, muy malas. Extranjero y hereje, es lo mismo; por eso rezo yo en la misa por la conversión de los herejes, franceses, ingleses y masones.

—¿Y qué dicen allá del matrimonio civil ó de *los perros*, ¡ja, ja, ja! como dicen los chistosos redactores de "La Ley"? Cosa más graciosa, ¿no? Allá *desque* se casan como quiera, á lo *más que nunca*, y *diaicá*, todos los años cambian mujer.

—Sí, pater.... ahí nadie se casa.

—Deverás.... caramba!

—Manolito, ¿qué tales caballllos viste allllá? pregunta un caballista, ¿son de paso llllano ó de trote chileno?

—¡Oh! caballos ó *chevós magnificente*.... mocho grandes, tamaño de este *chambre*.... andadura trotones, cortados cola; mi montar bien trotones, no poder dominar los de paso.

Algo más hablaron esa noche. Manolito causaba viva admiración á sus padres, que no se cansaban de exclamar: "Parece un extranjero; aire,

maneras, lenguaje, todo es de extranjero. Sólo la color y el pelo *le ofienden*. ¡Habrán tal vez extranjeros así!" Y cavilando, cavilando en ese problema, se durmió la más feliz de las madres.

Manolito se levanta al siguiente día muy tarde. Sale de su cuarto en paños menores y se pasea á largos trancos en una azotea.

—Hijo, cuidado una pulmonía.

—¡Oh! mucho higiénico baño de aire.

Dónde están los *mondes*?

—Mondes, qué es monde?

—¡Oh! mondes decimos cajas de guardar los *hábitos*.

—¿Los baúles?

—Yes, los baúles; allí tener ropa bonita mode de París.

Sale Manolito á la calle. Es un completo *gentelmano*, como dice don Pedro. Levita hasta los tobillos, un *buche* bajito, pantalón estrecho, botines enormes, cuello de la camisa hasta las orejas y puños que le llegan á las uñas. En las manos, que están cubiertas de guantes color perla, lleva un monóculo y un junquillo. Con aire distraído, llevando el cuello tieso, se dirige por esas calles. Hace una mueca de desprecio, que no saludo, á los conocidos que encuentra. Si pasa una buena moza, le dirige el monóculo, diciendo entre dientes.

“Pasable, pasable. . . . pero ¡qué mal habillé, por Dios! Esa manta me hiede”.

Otro día sale en coche descubierto á hacer visitas. Viste smokin, pantalón blanco, polainas de hule, espuelín de plata y casquete de jokey.

Es la moda de Etá Uní. Para cada día tiene una nueva moda, y los guantes no se los quita ni para ir al excusado.

Doña Chepa repite: "No hay como mi Manolito para vestirse. Es un figurín".

Visita á muy pocas personas, y éstas sólo de *calidad*; pues le apestan los ecuatorianos, por que son un atajo de brutos incivilizables. Las mujeres; ¡oh! son muy zafias, ignorantes y rezadoras; además, la manta y el pañolón le apestan á leguas. Juega de vez en cuando el pokar; el tresillo es es una majadería, y los otros juegos del naipe, son apestosos. El locro patrimonial y el mote, del que engullía fabulosas cantidades antes de su viaje á la extranjería, son platos sólo para los *paisanos*, y le apestan también; pues esta palabra es la única que le ha quedado del castellano. Periódicos, no lee nunca, son muy necios; y ¿qué le importan además las cosas del Ecuador, cuando él, Manolito Castillos, es ciudadano americano? Su viaje á Está Uní, fué con el exclusivo objeto de arrojar allí, como cosa puerca, la ciudadanía ecuatoriana, y adoptar la yankee. Ya es, pues, un perfecto yankee; habla de Rosevelt, de Morgan y de Simpson, como de amigos antiguos. Habla, come y digiere como yankee, bebe wiskey y no anisado; por desgracia, no pien-

sa como yankee, porque su cerebro es hueco y tiene humo en vez de sesos: sólo así se comprende que esté tan lleno de vanidad.

Para doña Chepa, su hijo es un monstruo de grandeza, y para don Pedro, es un gigante de saber; y ambos repiten á duo: "Cuánto ha ganado nuestro Manolito: es un perfecto extranjero." Y sueñan con destinos inmensos para el coloso: matrimonio con la reina de Bretaña; embajadas del gobierno yankee; millones en oro, piedras preciosas, orinales de plata labrada, la mar.

Felizmente, la medalla tiene su reverso. Hay ecuatorianos que honran á su país en el extranjero, y cuando vuelven, nos traen conocimientos sólidos, industrias nuevas, ideas de mejoramiento social y económico, que tratan de realizarlas; no desprecian al país natal; no *les hieden* nuestras costumbres y trajes; no hacen fisga de nuestras mujeres, ni ven con indiferencia nuestras desgracias; y no renuncian, sobre todo, la ciudadanía ecuatoriana para hacerse ridículos ciudadanos extranjeros. Esos ecuatoriano inteligentes, que viajen; pero los necios ¡Dios de bondad! que no salgan de su casa, en la cual deben estar contentos con su nobleza problemática y con su estúpida vanidad.

Atocha 1903.

FIN.

INDICE.



PÁGINAS.

Para principiar.	3
El Doctor. Croquis para un cuadro. .	6
Las delicias del campo. Capítulo de un libro inédito.	51
Capítulo VI de mis memorias. De cómo me hice revolucionario.	67
Los nombres. Disertación escrita para una Academia	83
Versos. [Capítulo de mis memorias] .	88
El baile.	93
Recuerdos del Convento.	97
Las visitas.	111
El venido de Europa. Antaño y ogaño.	118



ERRATAS.



Las hay numerosas y gordas; dispense el público,
en cuyo buen juicio descansamos.